

NÁPOLES, 10 de Mayo de 1885.

Estimado amigo: Después de treinta y tantos días de corrihuela, con monumentos por la mañana, ruinas, anfiteatros y catacumbas á medio día, y por la tarde obras de arte de los más afamados maestros en escultura, pintura y arquitectura; y cuando para otra temporadita sólo veo en lontananza galerías con obras de arte, palacios, ruinas y monumentos, me encuentro hoy en un estado de ánimo parecido, si no idéntico, al del criado *mariñán*.

Era el tal un mozo despierto, salido de una de aquellas parroquias que se extiende al occidente del cabo de Tazones, de suelo tan pobre como combatido de los vientos, que muchos de sus habitantes deben beber, justificando aquello de que *los mariñanes beben los vientos*. No todos; entiéndase bien. Algunos hay que pretenden beberlos; pero como el vino, los vientos se les suben á la cabeza y de ahí que tengan ésta, como es natural, llena . . de viento. El tal rapaz, harto de borona y habas, vió el cielo abierto cuando la fortuna le deparó, en la inmediata villa, una casa donde reinaba la abundancia de ordinario y en que á la sazón faustos sucesos de familia obligaban á ésta á tirar la casa por la ventana.

No hay que decir cómo se pondría el cuerpo el joven *mariñán* en medio de aquella inesperada abundancia. Pero ¡pícara condición humana! cuando fueron trascurridos ocho días, ya el *mariñán* había dado al olvido las pasadas miserias y miraba con indiferencia la regalada vida del momento.

—¿Qué hay hoy para cenar? preguntó una noche á la cocinera, sentándose junto al fuego, entre indiferente y desdeñoso.

--Pues, hoy, dijo aquella, hay lo de ayer y lo de los demás días: ensalada y carne estofada,

—Sí, eh? Ya me va á mi cansando tanta carne estofada.

Lo comprendo. Pobre muchacho! Estaba ahito, lleno. En ocho días había querido resarcir las pasadas privaciones y lo que era consiguiente en puerta la saciedad.

Mal que me pesc, estoy, como decía antes, en una situación análoga. Nada; que me cansó también la carne estofada, es decir, el arte. Descansemos.

Y dije: para procurar un verdadero reposo al espíritu, fatigado por la tensión constante en que le mantienen la contemplación de las magnificencias y maravillas acumuladas durante siglos en la Ciudad Eterna, en la *Roma* de los Césares, residencia más tarde de los vicarios de Cristo y hoy capital de la Italia, una é independiente; para poder reflexionar algo acerca de las extrañas impresiones que en el ánimo despiertan el sombrío y monumental *Colosseo*, el imponente *Pantheon*, las soberbias ruinas del *Forum* y las grandiosas basílicas que representan un valor de miles de millones de reales; en una palabra, para hacer algo de luz en este caos de recuerdos históricos y artísticos que pueblan mi cabeza, impidiéndome decir por cuenta propia algo que no sea la desnuda relación de una *Guía*, ó la embrollada reseña de un *cicerone*, fuerza es buscar el descanso volviendo los ojos á la naturaleza tranquila y serena. ¿Y en dónde ofrece ésta mayores encantos que en Nápoles? De ella ha dicho uno de sus hijos: *Vedere Napoli é poi mori*. *Mori* tiene un doble sentido. Es también el nombre de un sitio pintoresco. Pues vamos á Nápoles, dije, y casi me atrevo á manifestar que sentí una extraña satisfacción al dejar á Roma. Me explicaré.

Roma, como capital de un imperio que asimiló todos los pueblos conocidos desde el Eufrates al Atlántico, imponiéndoles leyes, costumbres, instituciones, idioma y literatura; residencia después de la cabeza visible de la Iglesia que dió á esos mismos pueblos sus creencias, poco más tarde del renacimiento literario cuyas consecuencias derivaron Alemania en el siglo XVI y Francia en el XVIII; escuela, en fin, de los grandes maestros del arte y últimamente cuna de esos genios musicales cuyas sublimes melodías son nuestro mayor encanto; *Roma*, bajo este múltiple concepto es algo muy superior á todo lo que conocemos: su nombre suena en nuestros oídos desde los más tiernos años, su historia es el objeto de nuestros primeros estudios; así es que la consideramos como una cosa á la que nos ligan multitud de lazos, recuerdos y tradiciones. Cuando, dominado por esta idea, llega uno á verla y á recorrer sus plazas, templos y rincones, rodeados todos de esa aureola en que la envuelven los siglos, entonces parece como que se agolpan á la memoria todos los recuerdos que su nombre evoca y, oprimido por ellos, el espíritu siente su

propia pequeñez y experimenta una extraña impresión indefinible de que no se da cuenta exacta hasta que, sustraído á su influencia, vuelve con alegría al estado normal, como el que tras largo rato de permanencia en lóbrega catacumba sale de nuevo á la luz, respirando con placer el aire libre.

Esto es lo que yo sentí al salir de *Roma*. Nada. Que es muy grande para un espíritu tan pequeño como el mío y que, deseando conocerla y apreciar su valor en poco tiempo, me fatigó. Porque hay dos modos de mirarla: á lo inglés y á lo hombre de corazón y sentimiento.

El inglés, me decía el tedesco de marras en nuestra travesía de *Génova* á *Spezia*, el inglés, salvo algunas excepciones, muy pocas, viaja y visita monumentos para poder decir llegado el caso: *Yes. Y habe been there also*. También estuve allá. De este modo, lo único que se fatiga son las piernas, y á este mal se pone remedio con tomar un coche y correr y correr. Pero cuando no es así; cuando la escultura es más que un pedazo de mármol frío, el cuadro, más que una tira de lienzo manchada con variedad de colores y el monumento arquitectónico otra cosa que una casa-vivienda; cuando unos y otros hablan al espíritu é interesan al corazón una hora y otra y uno tras otro día, la fatiga sobreviene necesariamente, es decir, la necesidad de reposo ó cambio de ocupaciones.

Hé ahí la razón de este paréntesis, al saltar de *Pisa* á *Nápoles*, sin hablar de *Roma*. De ella hablaré más tarde, cuando disponga de un par de días para escribir á V.; no apremiado como lo hice la vez última y lo estoy haciendo hoy mientras tomo café y á ratos perdidos.

—
¡Nápoles! No hay en la historia un nombre que evoque recuerdos más vivos para un español. Cuando á mediados del siglo XIII el desgraciado Couradino, después de la batalla de Tagliacoso, expía en un cadalso sobre la *piazza del Carmine* los desaciertos de su familia, la casa de Hohenstanfen, Aragón ha terminado su guerra de reconquista dando por límites á sus Estados los estados cristianos. Su Rey, Pedro III, deseando ofrecer nuevos campos de batalla al espíritu guerrero de su pueblo oye los consejos de Juan de Prócida, é invocando los derechos de su esposa

Constanza, se lanza sobre la Sicilia donde acababa de llevarse á cabo la terrible matanza de las *Visperas Sicilianas*.

Desde entonces comienzan esas guerras de Angevinos y Aragoneses, en que figuran como brillantes episodios las hazañas del citado Pedro III, las conquistas de Alfonso V el Magnánimo y los triunfos del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba.

Juzgando por nuestra larga dominación hasta principios del siglo pasado, creía yo que Nápoles estaría lleno de recuerdos históricos. Todo menos eso. Su calle más animada, la antigua *via Toledo*, lleva hoy el nombre de *via Roma*. Entre los dos tambores que flanquean el fuerte de castel-nuovo, sobre la plaza de armas, hay un pequeño trofeo de piedra blanca del tiempo de Alfonso V de Aragón. Nada más. No se busquen dentro de Nápoles los restos del pasado. No los hay. Con afán corrí á la *piazza del Carmine*, teatro del terrible sacrificio de Couradino y de la sublevación de *Masianello*, tan magistralmente descrita por el Duque de Rivas. En la iglesia del Carmen, á la izquierda, hay una estatua del joven príncipe sobre un pedestal adornado con bajos relieves que recuerdan la despedida de su madre y su muerte; un monumento sencillo levantado á expensas de un Príncipe Bávaro. Pero, y *Masianello*, decía yo,—¿no significa nada para esta ciudad? Su nombre ¿no es como el emblema del oprimido que se subleva contra el opresor derrocando su poder?

—Será todo lo que V. quiera, me decía el sacristán, pero aquí no se conserva nada de él. Dicen algunos que sus restos están bajo el arco del pórtico... pero no haga V. caso. Los vireyes primero y los reyes de la casa de Borbón después, han borrado todas las huellas de aquella brillante y agitada, pero efímera dominación de 15 días, que terminó como casi todas, como el sacrificio del ídolo levantado la víspera.

—Sí, añadí yo, la crucifixión suele ser el premio de los que se meten á redentores. De modo que según V. aquí no hay qué ver?

—Oh! harto tiene para distraerse en esta ciudad de más de 495.000 habitantes, y en sus alrededores pintorescos é históricos, *Herculano* y *Pompeya* nada significan? La gruta de *Posilipo*, la *grotta azurra de capri*, la del *perro*, los lagos de *Averno*, *Lucrino* y *Tusaro*, las islas de *Prócida* é *Ischia* y los pueblecitos de *Pórtici*, *Resina*, *Torre del Greco*, *Castellamare*, *Sorrento*,

Pusoles, Baya, Cumas, Miseno... y el volcán del *Vesubio...* todo esto ¿es nada? Ya le doy tarea para diez días si ha de verlo todo bien.

—¿Diez días? pregunté con extrañeza, recordando que los más me habían dicho que *Nápoles* no exigía pasado de tres ó cuatro días de detención.

—Usted verá quien está en lo cierto, dijo, añadiendo un millón de cumplidos por la ligera *mancia* (propina) que le entregué.

—Ya iba á salir de la iglesia, cuando sentí pasos detrás de mí. Era el sacristán que venía en seguimiento mío.

—¿Serán falsos los dos reales que le dí? pensé yó, escamado. Pero nada de eso.

—El interés que me inspira el señor, dijo con solicitud, me anima á hacerle una advertencia. Con los cocheros mucho ojo. Piden dos y llevan cuatro... ¡Oh qué pillería! Para visitar los barrios más extraviados procure V. dejar en casa reloj y dinero, y por la noche ni aun después de adoptar estas precauciones debe usted salir de las calles céntricas. En el laberinto de callejuelas estrechas y poco concurridas corre V. riesgo de quedarse sin gabán...

—Pero hombre, según V., esto es un presidio suelto.

—Cá, no señor; es que es así el carácter de la gente.

—Vamos sí, franca, liberal, con constitución á lo Rochefort: *todo es de todos y nada de nadie.*

Pues señor, merece la pena estudiar este pueblo, pensé yo, y eché á correr por aquellas calles, encrucijadas, rincones, mercados y cuanto dentro de sus puertas encierra *Nápoles*. Descártense la *via Toledo*, hoy Roma, la *riviera de Chiaja* con sus hermosísimos jardines poblados de estatuas copiadas de los modelos antiguos; déjense á un lado las *stradas del Gigante, Santa Lucia y Chia Tamone*, la *via de Victorio Emanuele* y las plazas de *San Ferdinando* y *Plebiscito* con el *palazzo reale y teatro de San Carlos*, los *museos nacional y de Capodimonte* y el *Belvedere de la Certosa* (Cartuja) de *San Martino*, y sólo quedará un laberinto de calles estrechas, sucias, extremadamente sucias, llenas de carros y coches que van y vienen obligando á los transeuntes á buscar un refugio en los portales, pobladas por un gentío inmenso que grita, vocífera, gesticula

exageradamente mareando al extranjero acostumbrado á las maneras corteses y distinguidas de otros pueblos. Agréguese á esto el chasquido de millares de látigos que los cocheros manejan con rara habilidad, el canto especial de verduleras ó vendedores ambulantes que pregonan á gritos sus mercancías, la turba de andrajosos chiquillos que asaltan al que puede dar un perro chico ó paran los piés al que lleva las botas medio limpias para pasarles el cepillo, los indolentes *lazaroni* tirados como fardos en cualquier parte donde puedan aprovechar un rayo de sol, y las bronceadas mozas de barrio bajo, en chinela y luciendo media blanquísima, desafiando con la mirada insolente que hace recordar el *recogimiento* y moderación de nuestras sardineras ó el arranque de la manola que decía al pasar: Sí, míreme usted. Precisamente hoy tengo unas ganas de dar *una gofetá!*...

Apúntese como detalle importante el deplorable gusto de la gente ordinaria vestida con telas de colores chillones y vivos, formando los más extravagantes contrastes, y se tendrá una idea vaga, muy vaga de lo que es *Nápoles*.

Cualquiera, en vista de esto, creerá que es un pueblo insoportable. Muy lejos de eso.

No sé lo que pensarán los hijos del Norte, acostumbrados al silencio de sus ciudades ó cuando más al ruido monótono de los carruajes y máquinas de sus villas manufactureras, metidos de repente en este verdadero *Pandemonium*.

En cuanto á mí, sé decir que como español amo la alegría, el vocerío, el gritar de chiquillos y mozos y la expansión bulliciosa de los pueblos meridionales. Desde este punto de vista, Nápoles no tiene igual.

Con él sucede lo que con el cuadro de las Hilanderas de Velázquez. Examinando separadamente cada detalle, sólo se ven golpes de brocha que parecen dados caprichosamente por una mano inexperta... el conjunto es magistral, y á cuatro pasos el efecto es soberbio y deslumbrador. Así es *Nápoles*, deslumbrador, magnífico, con su vida bulliciosa que convida á gozar, con los ecos de centenares de organillos que atraen á los balcones jóvenes morenas, en cuyos ojos negros parece centellar el fuego del *Vesubio*, con la alegre expansión de sus habitantes que se comunica á cuantos la presencian, con el golpe de vista que ofrece

su extenso caserío caprichosamente escalonado al rededor de una colina en forma de anfiteatro, en medio del golfo de su nombre; á la izquierda *Portici*, *Resina*, *Torre del Greco*, *Torre de la Anunziata*, *Castellamare* y *Sorrento*; á la derecha *Posilipo*, *Pusoles*, *Baya*, *Cumas*, *Miseno*; las islas de *Capri*, *Prócida* é *Ischia* como centinelas avanzados que defienden su entrada, y á su lado, en la altura, el volcán del Vesubio, cuyo encendido penacho de lava viene á realzar el panorama con sus rojizos resplandores.

Voy á establecer algún orden en mis descripciones; así evitaré la confusión. Y voy á ser breve, porque temo dar á esta desaliñada epístola proporciones exageradas, y porque dispongo de poco tiempo; pues aquí, donde la vida cuesta cara, es doblemente cierto el adagio inglés: *The times is money*. Sí, el tiempo es oro, y el mío va á menos con una rapidez que me causa estremecimientos.

Diré algo de lo notable de Nápoles y daré cuenta de mis excursiones á las grutas y solfataras, lagos y pueblecitos situados á la derecha del promontorio *Posilipo*; contaré después la excursión á *Sorrento*, *isla de Capri* y *gratta azurra*; después mi visita á *Ercolano* y *Pompey* y terminaré haciendo una reseña de mi ascensión al cono central del Vesubio.

Dos *palacios reales* tiene *Nápoles*. Uno en el centro de la ciudad, residencia ordinaria de los caídos Borbones, y el de *Capodimonte* en la colina de su nombre, amén de los otros dos de *Portici* y *Caserta*, que son, sobre todo el último, palacios verdaderos.

No hay hoy familia reinante, ni nación que posea mayor número de palacios reales que la afortunada dinastía de Saboya. Para convencerse de ello basta recordar lo que fué hasta pocos años hace la Italia. Fraccionada en pequeñas repúblicas, reinos, señoríos y ducados, cada uno de ellos sentía las necesidades de un verdadero Estado, y cada soberano, *Podestá* ó *Doge*, procuraba crearse una morada digna de su rango. La ambición que siempre separó estos pueblos influía en la grandeza, esplendor y originalidad de estos edificios, que son en su mayoría verdaderas maravillas del arte. Cuando últimamente se unieron estos retazos para

hacer de ellos un todo compacto, los príncipes de Saboya, directores de este movimiento, se encontraron en posesión de un gran número de palacios ya alhajados y dispuestos para recibir sus huéspedes. *Nápoles* les dió las suntuosas moradas de Francisco II, *Florenzia* la grandiosa mansión de *Lucas Pitti*, *Venecia* sus soberbios palacios de *San Marcos*, los demás pueblos prestaron su contingente y *Roma* también dió su parte: el inmenso palacio del *Qurinal* con sus vastos jardines.

El de *Nápoles* está como lo dejaron los Borbones, admirablemente decorado y, para que nada falte á las exigencias de una vida regalada, tiene magnífico parterre con buena vista sobre el mar, jardín bastante extenso y ún pequeño teatro aparte de la libre comunicación con el real de *San Carlos* que está unido al palacio. El de *Capodimonte* es hoy un museo de cerámica, lapidaria y pinturas modernas, y contiene una armería regular. Está rodeado de inmensos jardines y fué otro tiempo la residencia de verano de los reyes. Nombre de palacio merece también el edificio, destinado á museo nacional. En él se han reunido bajo la dominación borbónica buenas obras de arte, y últimamente en él se depositan las esculturas, frescos, mosaicos y cuantas curiosidades se extraen de las excavaciones de *Ercolano* y *Pompey*. Me vería obligado á echar mano del catálogo si hubiera de enumerar lo más selecto entre las infinitas preciosidades que encierra. En su clase es lo más notable del mundo ¿Qué otro pueblo tiene á mano el inagotable arsenal que *Nápoles* encontró en aquellos dos pueblos sepultados durante diez y ocho siglos bajo la lava del *Vesubio*? En todo lo demás, basta decir que contiene notables obras de arte, y que fuera de esa indisputable superioridad que los museos de *Roma* y *Florenzia* tienen sobre los demás de Europa, porque en ellas nacieron ó vivieron los más privilegiados maestros de la pintura y escultura, es de lo mejor que se conoce. Y se comprenderá bien que así sea, recordando que nuestro rey *Carlos III.* soberano un tiempo de las dos *Sicilias*, consagró allí á la protección del arte iguales afanes que en *España*.

En iglesias hay poco ó nada que pueda llamarse bueno. La catedral ó *chiesa de San Genaro* con la capilla de este nombre, *Santa Chiara*, *Carmine*, *San Domenico Maggiore*, *Anunziata*, el *Gesú* y la del *Gerolomini* apenas merecen mención en un país

como la Italia, poblada de templos hermosos en cuyas cúpulas gigantes, campaniles ó torres elevadas, columnatas airoas y bóvedas atrevidas, han dejado impresa la huella de su genio el *Gioto* y *Brunelleschi*, *Ghiberti* *Donatello*, *Miguel Angiolo* y tantos otros.

La *certosa* de San Martino es objeto de una excursión. Está situada en la parte más alta de la ciudad é inmediata al *castillo de San Telmo*, fortificación levantada á raíz de la revolución de Masianello. No es *capolaboro* ú obra de arte, apesar de la profusión de mármoles que reviste las paredes de su recargado templo y de las arcadas y balaustradas de sus patios. Recorriéndolas recordaba nuestra hermosa cartuja de Miraflores en Búrgos. Allí las cresterías y doseletes de piedra y madera traen insensiblemente á la memoria las más delicadas labores de filigrana. Hoy la *certosa* de San Martino es una especie de museo con objetos de cerámica, ropas y bordados del antiguo convento y un curioso *pesepre* ó nacimiento cuyas numerosas figuras, artísticamente agrupadas, aunque revelando el consiguiente anacronismo, exhiben los trajes y reproducen las costumbres más originales de varios puntos del reino de *Nápoles*. Lo más notable del convento es el *Belvedere*. Llámase así en Italia cualquier balcón, galería, pabellón ó mirador, desde donde se disfruta *buena vista*. El de San Martino es un corredor desde el que se vé Nápoles y gran parte de su golfo. El golpe de vista es tan notable que no hay extranjero que no lo visite, ni napolitano que no vaya de vez en cuando á contemplar desde aquel encantado balcón, lo que ellos llaman *el panorama más espléndido del mundo*.

Bajando á la ciudad por la nueva *vía Victorio Emanuele*, se llega á la hermosa *Riviera de Chiaja*. Dudo que pueblo alguno pueda jactarse de poseer boulevard, avenida ó paseo tan bello, risueño y encantador como este nuevo barrio de *Nápoles*. Se extiende á lo largo de uno de sus tres muelles ó puertos, el llamado muelle-paseo; los otros dos, el militar y el mercante, están á la izquierda y á bastante distancia de éste. En el centro de esta nueva barriada, poblada de palacios y suntuosos hoteles, se extiende la llamada *Villa nazionale* ó paseo, lleno de estatuas, fuentes, kioskos y ricos pabellones. Bajo uno de ellos hay un busto del poeta mantuano con este verso suyo: *Cecini pasqua,*

rura, duces. . . A su lado se levanta un hermoso edificio con un *aquarium* que goza fama de ser el mejor en su clase. . . y el más caro; pues dos liras cuesta la entrada de este espectáculo que sólo entretiene media hora.

Casi á continuación está la *calle de Santa Lucia* que va por el lado del mar desde esta nueva barriada á la plaza de palacio. Esta calle es la fotografía de *Nápoles*, encierra lo típico, lo característico, es el centro de la animación y bullanga, y ofrece una de las más hermosas vistas del golfo. A lo largo de ella se extienden en apretada fila kioskos con productos del mar, conchas, bigaros, etc., y con almejas y ostras y puestos de agua de limón y naranja, á cargo de palabreras *acquajolas* capaces de hacer sorber al más terne el contenido de su barril. Y las vendedoras de ostras? Sí; fácil cosa es pasar por allí sin que le obliguen á V. á comer. . . ¡qué menos que una docena de ellas! Media me enjaretó una mañana una condenadilla de muchacha, más zalamera y decidora que una gitana. Iba á marchar. cuando la grandísima pícara me detuvo diciendo:

—Cómo! marcharse sin probar otra media? Vamos, pollo, vamos, gracioso de ojos negros. . .

Y necio de mí! sin ponerme en guardia contra el veneno de este lenguaje adulator, porque yo no soy ni pollo, ni gracioso, digo, me parece que no lo soy, comencé á sonreír abriendo la boca inconscientemente ante la riquísima ostra que ponía casi al alcance de mis labios, como el pájaro abre el pico á la vista del alimento que le ofrece una mano cariñosa. Las ostras eran buenas, y como ella las hacía mejores acompañándolas con palabritas de miel, cuando me dí cuenta de lo que me pasaba, ya había tragado una docena. En mal hora lo hice, pues cuando poco después llegué al *albergo* tenía un dolor de vientre. . . lo diré? de padre y muy señor mío; para acallararlo paseaba arriba y abajo en mi habitación cuando en una de las vueltas me encontré sin darme cuenta, frente á frente del espejo. Mi cara revelaba en sus extrañas contracciones la intensidad del dolor que me oprimía; pero aun tuve humor para mirarme con lástima y decir:—Con que, *pollo y gracioso de ojos negros*, eh? Te está bien empleado este dolor, por majadero, y gracias si aprendes para otra vez. ¡Tonto! ¿Es cosa de hacerse el blando á cada tentación? Tarea te doy si

has de morder todas las *manzanas* que te presenten . . . Con que no seas un Adán.

Por fortuna ese dolor, el más prosaico de todos, según opinión de una amiga mía muy aficionada á lo *poético*, pasó sin consecuencias, y por la noche ya me encontraba cómodamente sentado en un *posto distinto* del renombrado *teatro de San Carlos*, esperando el momento de oír á Massini en el *Rigoletto*.

Eran dos novedades de primo cartel: oír á Massini, tenor mimado de la sociedad madrileña, rival de nuestro Gayarre, y ver el teatro de San Carlos, cuya nombradía emula la del teatro de la Scala de Milán. Construído á principios del siglo pasado, y reedificado después de un incendio á principios de éste, si bien ofrece buen golpe de vista, desmerece al recordar los suntuosos coliseos que en estos últimos treinta años elevaron muchas ciudades de Europa. Pero mi atención se consagró especialmente á la ópera que Massini y sus compañeros cantaron bien. Frenéticamente aplaudía el *público todo*, la despreocupación y graciosa volubilidad con que el joven tenor cantaba aquello de:

*La costanza, tirana del cuore,
detestiammo cual morbo crudele . . .*

no era menor el entusiasmo, aunque las bellas callaban, en son de protesta, cuando decía:

La donna é móvile . . .

pero los vítores y bravos ensordecían al terminar las inspiradísimas notas del cuarteto. Recordé una ovación igual que en el Liceo de Barcelona se hacía en Diciembre último á Gayarre cantando *La Favorita*.

Estos cantantes son los únicos que saborean aquí abajo la verdadera gloria; la práctica, la positiva. Toda la que rodeaba á Colón y Cervantes en sus postrimerías, no les permitió sustraerse á las privaciones y estrecheces de una vida miserable. Con qué amarga ironía se habrá reído Camoens de la suya. viendo que no le evitaba el disgusto de morir en un hospital! En cambio, estos afortunados artistas sólo pisan flores, no escuchan más que alabanzas y plácemes, ven los empresarios correr hacia ellos cargados de talegas llenas de oro, y todo esto sin otro trabajo que lan-

zar jugando algunos gorgoritos para decir á Eleonora: *io t' amo*, ó hacerse el enfadado con Marguerita y exclamar: *¡infidela, tu m' inganni!*... ó imponer de cuando en cuando á su virtud (eh?) la mortificación de estrechar un talle gentil, abrir los brazos para recibir una que se desmaya... ó *escoltar* (por encargo expreso de la donna) *il pálpito del cuore innamorato* . . .

Marchando en dirección á mi *albergo* recordaba la contestación oportuna de aquel chiquillo á quien preguntaban:

—Y tú, qué quieres ser? Médico?

—No.

—Abogado?

—No.

—Ah, vamos, militar!

—No.

—Entonces, qué quieres ser?

—Yo? Tamberlick!

¡Cáscaras con la intuición del niño!

—

A las ocho de la mañana siguiente me encontraba en el *Cortile* ó patio del *Albergo*, dispuesto á ir al *Posilipo*, *Puzuoli* y demás curiosidades que se extienden á la derecha de Nápoles. Tomé un coche y acepté ¡inocente! con reconocimiento la tarjeta que el dueño del hotel me daba para el propietario de otro *Baga*.

—Allí almorzará V. bien, me dijo. Son estas tarjetas verdaderas *cartas del negro*. Lector, si V. viaja, créame, no las admita de manos de un fondista. Equivalen poco más ó menos á la siguiente epístola:

”Compañero: ahí te vá ese pollo ó gallo (según la edad) á quien estoy hace días desplumando. Haz por tu parte lo que puedas.—Tuyo, *Zutano*. ”

Y es claro, *el fulano*, como colega complaciente echa el resto, quiero decir, se lo saca al que cae entre sus uñas de gavilán. . .

Comienza la expedición *Riviera de Chiaja* abajo, y se toma la *Strada*, llamada de *Pié di grotta*, porque va á morir á la de *Posilipo*. Junto á la boca ó entrada está la subida á la pretendida *tumba de Virgilio*. Los mismos napolitanos dudan hoy de su autenticidad apesar de aquella conocida tradición:

Mantua me genuit. Calabri da puere; tenet nunc Parthenope.

La tumba es simplemente un colombarium ó cámara mortuoria como las que se ven en las inmediaciones de la tumba de *Cecilia Metela*, en la Vía Apia (Roma), ó en Pompeya en la calle de los sepulcros é inmediatos á la casa de Diómedes. Este está formado por diez ó doce nichos destinados á la colocación de las urnas ó vasos cinerarios. Nada. Un saca cuartos más; pues se paga una lira por la entrada y cincuenta centesimi de *mancia* al zanganote que lo enseña.

La *gruta de Posilipo* ó de *Puzoles*, pues ambos nombres tiene, es un túnel de comunicación entre Nápoles y Puzoles, á través del promontorio de Posilipo. Tiene 700 metros de longitud, de 6 á 10 de ancho, y una altura que varía entre los 16 y los 26 metros. Está día y noche iluminada por el gas apesar de las dos bocas. Desde una á otra brilla el sol poniente á fines de Febrero y Octubre produciendo, según afirmaba el cochero, un espectáculo curioso. Es una vía de mucho tránsito; constantemente atravesada por carros y peatones ofrece el aspecto de una calle animada.

A media hora de camino están el lago de *Aguano* y la *Gruta del perro*. El lago era el antiguo cráter de un volcán medio extinguido que exhalaba gases que producían la malaria. Hoy está desecado y cubierto de maleza entre la que se oculta abundante caza reservada á los empleados de la real casa de Nápoles. Junto al borde del antiguo lago está la llamada *Estufa de San Germán*, gruta con gases sulfurosos; algunos pasos más lejos está la gruta amoniaca, cuyos efectos se sienten inclinándose y agitando con la mano los vapores que están en la parte inferior, y 12 metros más distante la *grotta del cane*. Llámase así porque el perro es el animal que en ella se emplea para probar la axfisia por medio del ácido carbónico. Es éste un gas que por razón de su densidad sólo se eleva á la altura de un perro. Los que la dominan pueden atravesarla impunemente. Pero en esta cueva sólo se pueden dar dos ó tres pasos; pues bajando en rápida pendiente, mientras la capa de gas carbónico se extiende en sentido horizontal, se corre gravísimo riesgo de caer axfisiado.

Una lira cuestan los ensayos de la luz y del perro. Pase lo primero, que consiste en ver cómo se apaga aquella tan pronto

como queda envuelta por el gas carbónico. La prueba del perro es una crueldad sin nombre. Consiste en retener el perro durante unos segundos bajo la capa de aquel gas. Hay algo de barbarie en la sangre fría con que el viejo guardián presencia la angustia del pobre animal que por momentos se ahoga, apurando el tiempo hasta el instante crítico para que el viajero presencie todos los detalles de la agonía. Pero lo más repugnante viene después cuando sacan el perro al aire libre. Envenenado y aturdido como está, se agita en dolorosas convulsiones que estremecen, hasta que poco á poco, el aire puro oxigenado contraresta los efectos de aquel letal vapor. Salí con placer de aquel antro ponzoñoso y tomé la dirección de *Puzuoli* ó *Puzoles*.

Desde su extremo occidental, protegido de los vientos por la pequeña isla de Niside, lazareto durante la última epidemia cólera, hasta el cabo Miseno, se extiende una vasta porción de mar, en cuyas márgenes están *Baja*, los lagos *Avemo*, *Lucrino*, *Tusaro*, el *Mar muerto*, *Cumas*, la *Academia* ó *villa de Cicerón*, restos de los palacios de *Sila*, *Lúculo*, *Nerón*, los estanques donde *Vedius* arrojaba sus esclavos para servir de alimento y engordar los peces destinados á sus festines, la gruta de la *sibila Cumana* y la *estufa de Nerón* . . . Es difícil reunir en tan poco espacio mayor número de curiosidades, ni tantos lugares testigos de las más espantosas atrocidades que menciona la historia.

Recuerdo á este propósito el libro de Suetonio, titulado: *Roma galante* ó *la historia de los doce Césares*. Jamás libro alguno me produjo mayor complacencia por la sencilla elegancia de su estilo y la sinceridad de sus narraciones; pero creo que ni la lectura de las monstruosas obscenidades de la Pentápolis, ni la grosera sensualidad que dió en tierra con los imperios Asirio y Babilónico, ni cuanto en brutal desarreglo puede imaginar la fantasía más extraviada, despertó en mí tanta indignación como la exposición desnuda que el historiador latino hace de su patria durante la dominación de los cinco primeros Césares. Cuesta trabajo creer cómo aquella gran república, desde la altura en que la colocaron las virtudes de los Brutos, Cincinato, Mucio Scevola, Scipión y tantos varones ilustres, pudo rodar hasta el abismo

para revolcarse en el fango fétido á que se dejó arrastrar por aquellos monstruos, oprobio de la raza humana, que conocemos con los nombres de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Por desgracia no recae sobre ellos exclusivamente la responsabilidad de tanta abyección: alcanza por igual al pueblo que la tolera. Contra la incontinencia de los Tarquinos levanta la austera virtud romana el puñal de Lucrecia; contra las amenazas de Porsena, el exaltado patriotismo de Horacio Cocles y la heroica Clelia; contra la tiranía del dictador César, Casio y sus numerosos compañeros de conjuración. Contra esos imbéciles que degradaron el mayor imperio conocido, no se levanta una voz. ni se formula una protesta; el temor ó un calificable espíritu de servilismo les prodiga toda clase de alabanzas, les concede los honores del apoteosis, adula y fomenta sus pasiones nefandas y llega un momento en que uno de ellos, el más execrable de todos, hastiado de tan vergonzosas complacencias, en la exaltación de sus ataques epilécticos o excitado por los vapores del vino, osa expresar el profundo desprecio que le inspiraba su raza, diciendo: quisiera que la humanidad tuviera una sola cabeza para cortarla de un hachazo.

Tal vez alguno considere estas observaciones y recuerdos fuera de lugar. Sin embargo, el lugar mismo es quien las suscita. La prodigiosa feracidad de su suelo volcánico, la grata sombra producida por sus árboles corpulentos, la apacible tranquilidad de aquel mar rodeado de verdes colinas alumbradas por el hermoso sol napolitano, cuyos ardores mitiga una brisa suave y perfumada, y la virtud de sus aguas minerales hacen de ese sitio una hermosa residencia de verano. Patricios, Senadores, los generales que en las guerras de Oriente habían acumulado inmensas riquezas y los emperadores, más tarde, hicieron de él teatro de sus locos desarreglos. Cuando Sila no encuentra más partidarios de Mario á quienes decapitar se retira con sus cornelianos á Cumas, y en su suntuosa villa, cuyos restos se destacan á lo lejos entre el verde ramaje de los viñedos, da rienda suelta á sus pasiones livianas despreciando la dictadura perpetua que los contemporáneos le ofrecían en premio de sus abominaciones.

Tiberio, el hipócrita heredero de Augusto, busca también un

retiro en estas encantadoras soledades, no para renunciar los graves cuidados del poder, sinó para emplearlo impugnemente y libre de obstáculos en servicio de sus liviandades, y ya reside en la inmediata *isla de Capri*, ya á la sombra del cabo *Miseno* en la *villa de Lúculo* donde sus propios esclavos le dieron la muerte.

Del pequeño puerto de *Pusnoli* arranca en dirección á la inmediata *playa de Baja* un murallón, en parte destruído, y del que sólo se ven, á un metro de altura sobre el nivel del mar, 15 ó 16 pilastras. Son los restos de un famoso puente ideado por Calígula en sus excursiones veraniegas para llevar á cabo una de sus crueldades más atroces. Compuesto primeramente de barcas dobles mandó construir de trecho en trecho grandes pilastras de ladrillo y cemento para darle mayor solidez, y encima formó un terraplén con pabellones y fuentes. Y qué objeto tenía esto? preguntará alguno. Vamos á verlo. Terminado que fué y después de un solemne sacrificio á Neptuno, Calígula lo recorrió á caballo y en coche durante dos días consecutivos; después subiendo á una altura inmediata, hizo que se paseasen en él los numerosos cortesanos, senadores y caballeros romanos que formaban su séquito; cuando los tuvo á todos sobre el puente dió orden á los pretorianos para que los arrojasen al mar. Repugna creer esta estúpida crueldad; pero Suetonio la menciona y otros historiadores la confirman.

En estos mismos lugares entretenía sus vergonzosos ocios el mentecato Claudio, mientras la impúdica Mesalina, su esposa, celebraba públicamente en Roma su matrimonio con un liberto, recorriendo descaradamente en su compañía las calles de la ciudad.

Nerón buscó este silencioso retiro para llevar á cabo el mayor de los crímenes. Cansado de su madre Agripina, ideó la construcción de una barca en cuya popa colocó una trampa ó extenso redondel que, á una señal dada, debía desplomarse y caer en el mar. Hizo entrar en ella á su madre so pretexto de conducirla á su palacio, situado en la orilla opuesta, mientras él fingiendo la necesidad de partir inmediatamente para Roma la dijo adiós, prodigándola toda clase de caricias. La noche comenzaba á envolver la tierra en sus sombras como si quisiera ocultar el crimen horrible que se preparaba. Nerón desde la orilla seguía con

impaciencia los movimientos de la nave esperando la realización de su designio. A una señal se desplomó el redondel en que estaba sentada Agripina; pero la Providencia veló por ella, pues las ropas la ayudaron á flotar y ganó la orilla. Tan cínico como cruel, Nerón se presentó al día siguiente á cumplimentar á su madre por haber escapado á semejante peligro y . . . días después la hizo asesinar despiadadamente en aquel mismo palacio que se alzaba sobre la orilla del golfo; palacio inmenso del que sólo restan hoy largos subterráneos, sin más aire que el que penetra por los boquetes abiertos en roca, á grande altura sobre el mar, y que los campesinos llaman *le prigioni di Nerone* . . .

Volví yo los ojos de un lado á otro, abismándome en las tristes reflexiones que me sugerían estas ruinas, cuando vino á sacarme de ellas *il cochiere*, diciendo:

—*Il signore dove essere stanco. Non vuol fare una piccola colazione, pranza se qualche cosa? E mezo-giorno é no abbiammo anche molte cose á vedere.*

—No es mala idea, pensé yo. Y después de todo no es cuestión de dejar de comer por las barbaridades que hayan podido hacer cuatro locos. Pues señor allá ellos. Y volviéndome al cochero le dije: *andiamo, andiamo á mangiare qual che cosa* . . . Momentos después estábamos en *Baya* en el *albergo de la Regina*.

A ver qué me da V., dije al alberquista . . .

—Quiere V. ostras?

—Si son buenas.

—Cómo que buenas? del lago *Fúsaro* que está aquí al pié; él proveía un tiempo las mesas de emperadores y patricios.

—Pues vengan ostras.

—Y vino? Quiere V. una botella de buen *Talerno*?

—*Talerno!* exclamé recordando la viejecita de la fábula de Taedro que se recreaba oliendo los pedazos de un cántaro que años antes había contenido vino de aquel nombre.

—Es también de lo más delicado que bebían los Césares en sus festines.

—Venga *Talerno*, dije, animado ante la idea de almorzar un día á lo César.

—También tengo truchas del lago *Averno* . . .

—Del *Averno*? Hombre deben ser unas truchas infernales.

—¡Oh! riquísimas!

—Está V. seguro de que no contienen ningún maleficio? Eh?

—Las traigo?

—Bien... Y bocado viene y trago va me puse de ostras, truchas y *Talerno*, de *Talerno* sobre todo, que hablaba solo... ¡Cómo pobló entonces mi imaginación aquellas desiertas playas con la galante sociedad que rodeaba los Césares! ¡Cómo se construía sus *villas* y palacios animándolos con la bulliciosa alegría de danzas y festines!...

Yo mismo, por una de esas mágicas transformaciones que sólo el vino realiza, me creía entonces un emperador... no sé cual de ellos... los barcos esparcidos en la bahía eran mis escuadras, los *carabinieri* que en la playa ojean el contrabando me parecían mis pretorianos... el viejo torreón que el Virey Pedro de Toledo levantó en la colina inmediata, lo tomaba yo por mi alcázar regio. Qué pensaba yo entonces? Qué hacía?... Ah, sí, ahora recuerdo... esperaba impaciente á la joven Lesbia, hija de mi prefecto... para ir á salearnos en una *trirreme*... y la veía venir envuelta en su túnica flotante... y sentí dos suaves golpecitos en el hombro y levanté la cabeza diciendo:

—Eres tú, Lesbia?

Qué Lesbia ni qué caracoles. El cochero venía á anunciarme que cuatro *donne* esperaban abajo mis órdenes para bailar la *tarantella*.

—Qué demonios dice usted!

—Sí señor, la *tarantella* es baile del país y siempre que vienen forasteros... les digo que bailen?

—Sí, hombre, sí, que bailen, que bailen.

Y presencié mal humorado aquellas evoluciones que habían venido á interrumpir los dulces ocios de mi efímera vida imperial. Cuando las *donne* terminaron, saqué mi cartera y apunté: "la *tarantella* bailada por cuatro *donne*, una impresión de más, dos liras de menos." Y subí al fiacre siguiendo las indicaciones del cochero. No sé qué parte habrá correspondido á éste en cuestión de vino; pero me inclino á creer que si no bebió el de Falerno, debió, como la viejecita, oler algún cántaro destinado en otro tiempo á depósito de aquel líquido: pues tal era la charla inagotable del automedonte. Voy á enseñar á V., me decía, hasta el último

rincón de estos sitios ; porque quiero que quede V. satisfecho de mí como yo lo voy de V.

—Pero conoce V. bien lugares y nombres ?

—Que si los conozco ? Apenas se pasa semana que no traiga algún extranjero.

Y le dejé hablar , reservándome el derecho de subsanar equivocaciones de nombres y anacronismos en aquella relación histórico - mitológica que por tan inesperado conducto llegaba á mis oídos.

- Mire V. : todas esas ruinas , trozos de columnas , bóvedas y arcos que desde la orilla suben por la colina , caprichosamente esparcidas aquí , y allá , son restos de los *palacios de Mario, Pompeyo, César* y otros ilustres romanos. Estas, las ruinas del de Nerón. En el mató á su madre. Aquí , seguía diciendo , está la *Piscina mirábilis*. Debe V. verla.

Efectivamente , bajé acompañado del guardián y me asombraron las vastas proporciones de aquel antiguo depósito de agua destinado á proveer las escuadras ancladas en el mar muerto , á la sombra del *Campo Miseno*. Es una inmensa excavación hecha en la montaña , con una bóveda sostenida por cuarenta y ocho grandes pilastras que forman cinco galerías. Me recordó el gran depósito construído por la ciudad de Santander , aunque creo que éste excede en proporciones. Trece distintos manantiales , según el guía , surtían este enorme depósito de agua.

—Ve V. , me dijo el cochero , como yo también conozco lo que es bueno. Allí tiene V. el mar Muerto , residencia de la flota romana del Mediterráneo. Este es el *cabo Miseno*. Qué vista , eh ? Hay nada más delicioso ? Esos restos de murallón de ladrillo que ve V. á la derecha son de la *villa de Lúculo* , donde murió Tiberio. En este promontorio es donde Eneas enterró á su trompeta Miseno , según dicen las crónicas.

—Este hombre sabe más que un libro , decía yo , viendo que sus observaciones coincidían con mis notas y apuntes tomados en la carta de los alrededores de Nápoles.

—Y aquí tiene V. el *lago Tusaro* , dijo continuando la marcha. Ve V. ese hermoso pabelón ? Es donde los reyes almuerzan las riquísimas ostras cuando vienen de caza á Agnano y á Astroni. De este lago eran las ostras que V. comió hoy . . . Este de-

sierto es la vieja *Cumas*. Estos los restos de la villa de Silla, y aquí á la derecha ¿no ve V. una cueva? Es la entrada de la gruta de la *Sibilla*. Quiere V. verla?

—Si está visible, de mil amores. Precisamente desco hacerle unas cuantas preguntas.

—A quién?

—A la *Sibilla*.

—Ah, no, señor. Murió, según creo, hace muchos años.

--Pues entonces adelante. Y el camino, bordeando nuevamente el *lago Tusaro* por la parte oriental, volvió á llevarnos á las playas de *Baja*.

Y llegamos á la *Stufe di Nerone*. Llámase así la boca de un antiguo volcán, á la que se llega con ayuda de luces por un subterráneo estrecho, sofocante y peligroso. En su extremo brota agua hirviendo. Yo no pude resistir aquella elevada temperatura y el olor nauseabundo de los gases, confundidos con el tufo acre del pino encendido para alumbrar el camino. A los seis pasos, dije: no puedo más. Y dejé al guía continuar la marcha casi desnudo, pues tan irresistible es el calor que despide aquel antro. Volvió dos minutos después cubierto de agua como si saliera del baño. Traía un pequeño balde de agua destinado á la operación del huevo. Sumérgese éste por espacio de diez segundos en el agua y sale perfectamente cocido. Tan elevada es su temperatura. Esta cueva es muy visitada durante el verano por gran número de enfermos que vienen á tomar inhalaciones sulfurosas.

Continuamos la marcha y el cochero su reseña. Esta colina que faldeamos separa el *lago Tusaro* del *lago Averno*. No ve usted en su cima una villa? Es la Academia ó *villa de Cicerón*. La llaman Academia porque fué construída sobre el modelo de la Academia de Atenas.

—Lo dicho, pensé yo, este cochero sabe más que Lepe y . . . y sus dos compañeros.

—Aquí tiene V. *el Averno*. No ve usted la forma en que está dispuesta la colina que le rodea? Es el cráter de un antiguo volcán; aquel tajo ó corte que hay á la izquierda es un antiguo canal hecho por Agripa, con ayuda de muchos miles de esclavos, para ponerlo en comunicación con aquel otro lago pantanoso que se ve á corta distancia y se llama el *lago Lucrino*. Hoy todo

está cambiado. Según dicen, este lago de cerca de tres kilómetros de circunferencia era antes como un inmenso pozo cubierto de niebla espesa y fétida. Nadie se atrevía á llegar á sus inmediaciones sinó . . . los muertos que en las orillas esperaban la llegada del barquero Carón, encargado de trasladarlos al infierno.

—Todo eso es invención de V., repliqué, poniendo á prueba la erudición de papagayo de mi conductor.

—No señor, esto lo aprendí yo en un libro que reza muchas cosas buenas.

—Y entonces cómo explica su libro estas variaciones? ¿Y Carón? Qué fué de él? Y el infierno? Acaso *argayó*? Qué camino es el que ahora conduce á él?

—¿Camino? Tantos, tantos, que ha de andar la cosa apurada para todos si no nos tiene de su mano el divino San Genaro.

Y pronunció el nombre del Santo con esa exaltada devoción que le profesa el pueblo napolitano, devoción en la que ningún otro pueblo le iguala tratándose de su patrono.

Y pensar, decía yo, viendo una fé tan sincera, que por encargo del fondista que conoce á este hombre he tenido que ajustar la expedición antes de subir al carruaje, y ante dos personas, como me encargaba aquél, para evitar una estafa y un escándalo!

¡Ah, humanidad, humanidad! Qué cosa tan compleja y misteriosa eres! Dices uno, piensas otro y acabas por hacer lo que está en desacuerdo con pensamiento y palabra.

Cuentan de Ovidio que para calmar á su padre le prometía no volver á hacer más versos. Y en prueba de la sinceridad de su promesa formulaba un juramento solemne. Pero juraba y sin querer mentía al decir: *juro, juro, ioh pater! nunquam componere versus.*

Punto más ó menos todos hacemos lo mismo ó cosa parecida. Verdad es que en la serie de contradicciones que forma el tejido de la vida, disculpa las debilidades humanas esa inclinación irresistible que hace de nosotros unos pecadores . . . inconscientes; como una predisposición natural hacía de Ovidio un poeta á despecho suyo . . . *et quos tentabat dicere versus erat.*

Tan cierto es que parecemos simples instrumentos de una voluntad extraña y caprichosa. Ya lo decía la pobre Florinda tratando de excusar sus devaneos . . . ” Sí ¡pero yo no quería! . . .

—Mire V., dijo el cochero, atajando mis pensamientos, en el sitio que llaman Patria, pobre rincón donde hoy reside una pequeña colonia de pescadores, está el sitio de la villa á donde víctima de la envidia de sus conciudadanos se retiró Scipión el Africano, pronunciando aquellas célebres palabras: Patria ingrata no poseerás mis huesos . . . Quiere V. ir á verlo?

—No dice V. que sólo queda el sitio? Pues dejemos en él y en paz al pobre Scipión.

—Bien, pero entonces al volver á Nápoles nos detendremos en *Pusnoli*.

—Usted dirá porqué.

—Por qué? Porque está lleno de cosas buenas. Las ruinas de los *templos de Serapis*, de *Neptuno*, del *anfiteatro*, la gruta de *Sejano* . . . todo esto vale poco?

—Para mí nada. Si viera V. cómo estoy de antigüedades y ruinas, sobre todo de *antigüedades*. Las hay en mi pueblo en número suficiente para surtir todos los museos de Europa.

—Serán objeto de numerosas visitas?

—Desgraciadamente no. Qué más quisiéramos nosotros que los extranjeros se aficionaran á ellas . . . y se las llevaran . . .

El coche descendía rápidamente por la pendiente que desde el promontorio Posilipo baja á orillas del mar, en dirección á Nápoles. Casas y villas se alzan al lado de la pintoresca carretera formando una calle que une esta ciudad con *Pusoli*. A la derecha dejamos el imponente y ruinoso palacio de la Reina Juana. La yedra trepa hoy por sus columnas, enroscándose en los relieves de sus caprichosos capiteles; el jaramago sirve de penacho á los cascos que coronaban los viejos escudos reales, y á través de los arcos y huecos de sus elevadas ventanas se ve parte de los artesonados salones, teatro otro tiempo de locas alegrías. Nada queda de la grandeza espléndida de aquella reina desleal? Sí, queda el recuerdo de sus liviandades y el juicio inexorable de la historia que se encarga de ensalzar á los buenos, entregando el nombre de los malos á un eterno desprecio.

—

Cuando al día siguiente me presenté en la administración de los vapores que van á *Sorrento* y *Capri*, dispuesto á tomar un *biglietto d' andato é ritorno*, me cayó, como vulgarmente se dice,

el alma á los piés. Allí estaba también mi sombra, una calamidad que durante mi permanencia en el *albergo di Milano* en Roma, me dió más de una jaqueca con su charla insustancial y vacía y con sus ocurrencias de niño ó de tonto. Era un andaluz *soso y esaborio*, como diría una gitana, tan corto de alcances como largo de lengua y pretensiones. El , *en una juerga con Currillo, Pepe y la Rita, la mejor cantaora de Triana, se gastaba cinco ú sei onsa. Dos sienta y pico gastaba, llegado el caso, en una elección.* Como que dos ó tres diputados le debían el distrito y todavía arrimaba el hombro á otros tres ó cuatro recomendados del ministro.

—¿Cánova? *No me hable V. de Cánova, porque me vuelvo loco. Es un monstruo de too, de saber, de hablar y de lo demás.*

Y con esto, con sus alabanzas de *Paco Romero, Erduáyen y Alejandriyo Pidal.* . . . nos tenía atragantados á otros españoles y á mí. A mí sobre todo. Mire V. que ir á Roma á oír las alabanzas del partido neo-conservador. . . . tiene bemoles !

Y este era su tema predilecto. Cualquier cosa le servía de pretexto para hablar de su Antonio, de su Paco ó de su *travieso Alejandriyo.* Siempre le calificaba así.

Recuerdo un día que, saliendo de uno de los salones del museo Vaticano, le ví venir á mi encuentro, frenético de alegría.

—Ahora, dijo encarándose conmigo, diga V. que no es un genio de primerísima, y llámeme V. exagerado y todo lo que quiera.

—Pero qué es ? de qué se trata ?

—Venga V. conmigo.

Y me condujo al hermoso pórtico octogonal llamado el *Belbedere*, donde los pontífices han reunido las producciones más notables de la escultura antigua y moderna. Pasamos junto al grupo de *Laoconte y sus dos hijos*, obra estupenda que *Miguel Angel* llamaba el milagro del arte; atravesamos el pabellón donde está el *Apolo*, airoso y expresivo como no lo habría cincelado mejor el mismo *Homero* si hubiera podido dar cuerpo y vida á los ideales que bullían en su ardiente imaginación de poeta. En el pabellón inmediato está *Perseo* con la cabeza de *Medusa en la mano.*

—*Qué ez eto?* Dijo el andaluz parándose y poniendo los brazos en jarras.

—Es, le contesté , *Perseo* mostrando la terrible cabeza de aquella fatal mujer que daba muerte á cuantos la miraban.

—*Vale argo?*

¿Que si vale? Con ser tan bueno como es el *Perseo* en bronce de *Benvenuto Cellini* , no iguala á éste en mérito y gracia.

—Y estos dos cabayeritos que le tienen en medio?

—Son dos pugiles en el momento de comenzar la lucha.

—*Valen argo?*

—Ya lo creo , como que son dos obras maestras del arte moderno.

—Y negará V. que el autor es un génio?

—He de negar lo que reconocen personas más competentes que yó?

—Y si á este mérito de artista sobresaliente , une V. un pico de oro y un genio organizador de primerísima , no habrá razón suficiente para decir que quien posee tan extrañas dotes , es un monstruo?

—Pero á dónde va V. á parar?

—Toma , puez á *D. Antonio*.

—A qué *D. Antonio* , hombre de Dios?

—*D. Antonio Cánova*. Al autor de estos tres sujetos. La guía lo dice , y dudando yo también , pregunté á uno que pasaba:— Diga V. , pero es esto verdaderamente del mismísimo *Cánova*? Y mé respondió:—Oh! si, no tenga V. duda.

El buen hombre, obedeciendo á su manía conservadora , confundía el nombre de su jefe con el del ilustre escultor *Cánova*. Igual ligereza de juicio revelaba en todas sus cosas.

Y despreocupación? Cuando vino á saludarme en el despacho de billetes , traía una guitarra en la mano.

—Pero qué va V. hacer con ese instrumento? le pregunté.

—Toma! pues tocar un jaleíyo. . .

—No lo vas á armar tú malo , pensé yo, temiendo una de sus indiscreciones. Mucho le importaba decir á una de aquellas pulcras inglesas que estaban tomando billete:— " Chiquilla , que buenos andares tiene V! , " ú otra cosa por el estilo , en las barbas de su marido ó papá , que si no comprendían el español , no dejarían de adivinar la intención y el sentido de la frase.

Por fin , nos acomodamos en el vaporcito. Pasaban de ochenta

los curiosos que hacían con nosotros aquella expedición. Siquiera no tenga otro objeto que pasear por el golfo, merece la pena hacerla, sobre todo cuando está tranquila la mar. Hermoso estaba aquella mañana, y sobre él se deslizaba rápido el vapor, internándose en vasto golfo y ofreciendo de todos lados maravillosos golpes de vista y panoramas sorprendentes; entregada á su contemplación la gente, se había acomodado desde proa á popa, á uno y otro costado del buque, y apoyados unos contra la barandilla del cordel, sentados otros en las banquetas del puente, todos guardaban un profundo silencio, sólo interrumpido por el ruido acompasado y monótono que producía la veloz rotación de la hélice en el agua.

Después de hora y media de marcha, llegamos á *Sorrento*. La detención tenía por objeto dejar algunos pasajeros y tomar otros, de modo que no fué posible ir á tierra; aunque á decir verdad esto no tenía objeto, pues lo mejor de *Sorrento*, que es su posición pintoresca, se ve bien desde el mar. Desde el vapor mismo, se puede distinguir sobre el borde mismo de las aguas una casa medio arruinada. En ella nació el poeta *Tasso*. Esto y el paseo del *Deserto* que ha servido de asunto á tantos pintores modernos, son los únicos alicientes de *Sorrento*. Dejámosle después de unos minutos para continuar la marcha hacia la *isla de Capri*. Una hora después el piroscabo se detenía al pié mismo del pueblecillo de *Capri*. Era la una larga, la brisa del mar había aumentado considerablemente nuestro apetito, y apartando cuantos importunos venían á ofrecernos sus servicios para ir á *Monte-Solario* y ruínas del palacio de *Tiberio* y otras curiosidades, fuimos derechos á un *albergo*. El primero que tropezaron mis ojos fué el de *Quisisana*. Cierto es que el hotelero pone los medios dando buenos *beafstecks*, excelente vino de la isla y unas manzanas jugosas y aromáticas que si halagaron mi paladar, mortificaron bien mi amor patrio. Necio de mí, yo que creía á *Asturias* la tierra clásica de las manzanas! Pero desde *Génova* á *Nápoles* y *Capri* vengo observando que se dan buenas. Era lo único que faltaba á este paraíso; porque á la verdad no se comprende uno..... sin manzanas.

Comimos bien, no bebimos mal, y después de tomar un regular café, fuimos á ver el *Salto de Tiberio*, precipicio al que

arrojaba aquel monstruo de crueldad sus víctimas.—Este sí que era un monstruo de verdad, decía yo al andaluz.

—Sí, ya veo, contestaba aquél, mirando como yo con horror desde lo alto de la roca aquel mar en calma que había ahogado las quejas y suspiros de tantos desgraciados.

Y volvimos el pensamiento á más alegres cosas, tomamos una barca para ir á ver *la grotta azurra*. Forma su entrada un arco de un metro de altura, de modo que es inaccesible en los días que está agitado el mar, y cuando está en calma se necesita llevar una barca chata y permanecer acostado en su fondo para evitar un golpe contra la roca. Una vez adentro, se ve un vasto espacio de 60 metros de largo y 30 de ancho, con bóveda de 13 metros de altura. Aun es mayor la profundidad del agua. Esta, que por razón de la oscuridad debiera aparecer negra, ofrece un pronunciadísimo color azul que se refleja sobre las paredes y demás objetos encerrados en la gruta. Es objeto de numerosas visitas de pintores que la copian, poblándola después de ninfas envueltas en trasparente gasa é indolentemente tendidas sobre la superficie de las aguas.

Cuando acabamos de ver aquella curiosidad, de uno de cuyos lados se observa una especie de desembarcadero, tal vez en comunicación con el *palacio de Tiberio*, marchamos en dirección al vapor que ya silbaba, disponiéndose á regresar á *Nápoles*.

Más de cuatro horas había durado la excursión, y el ejercicio y las brisas del mar nuevamente despertaron nuestro apetito. La experiencia enseña esto mismo á los dueños de los *Ristoratores* y envían numerosos *camarieri* con bandejas llenas de panecillos, cuya miga deja el puesto á tajadas de buen *roastbeaf*, y unos *frascchetti* de aquel vino de Capri que tantas majaderías inspiró á Tiberio. Siguiendo el ejemplo de los demás compañeros, compramos una ración y entramos en el vapor. La cubierta ofrecía un cuadro original. Era un merendero donde formaban caprichosos grupos los expedicionarios que devoraban con afán, carne, pan y vino. Despachamos en silencio lo nuestro, imitando la abigarrada reunión de hambrientos cartujos, y saboreando el último trago de vino, marchó cada uno por su lado para buscar un sitio cómodo desde donde contemplar Nápoles y los demás pueblos que rodean el golfo. La fresca brisa, los débiles rayos del sol dirigiéndose a

ocaso, en el otro extremo la luna dejando ver su plateado disco. . . hay momentos en que todo inclina el alma á soñar. Nos sustraemos á cuantos nos rodean y ni los ojos ven lo que tienen delante, ni los oídos oyen, y el pensamiento, salvando inmensas distancias, va rápidamente al lugar de sus aficiones. A él me llevó también el mío, y bien pronto me ví en el hermoso rincón donde tuve la dicha de nacer, rodeado de los que bien me quieren y abrazando con ansia indecible un ángel de pocos meses que Dios envió al seno de mi familia, para ayuda de quitar penas y espantar malos humores.

Qué satisfacción sentía viéndome nuevamente entre los míos! Para saber de cuánto afecto es capaz el corazón respecto á la patria y la familia, importa separarle de ellas algún tiempo. En la ausencia se avivan sus sentimientos medio ocultos, y llegan á la mayor tensión al recordar los objetos queridos. Así soñaba mi imaginación cuando ninguna cosa de cuanto me rodeaba parecía tener relación con la familia y con la patria . . . digo mal; la patria comenzaba á hablarme con ese lenguaje que alegra y entristece el alma á un tiempo mismo . . . En medio del silencio que á todos nos dominaba, una mano hábil arrancó inesperadamente á la guitarra un sonoro acorde y tras él vinieron pausadas y tristes esas primeras notas que preceden á nuestras arrebatadoras canciones andaluzas. Y una voz fresca y bien timbrada lanzó el ¡ay! reglamentario con toda la floriture y *sabor flamenco* que puede exigirse á un *cantaor de estilo*.

—Venga de ahí! dije, sin poder reprimir mi entusiasmo y lamentando que mi ronca voz no me permitiera gritar con toda la fuerza de mis pulmones: ¡viva España!

Y el andaluz, pues no era otro que el *flamenco*, cantó con indecible maestría:

A orillas del mar, un día
me puse á considerar
que las olas que más suben
son las que descienden más.

Toda esa dulce melancolía que hay en el fondo de las canciones meridionales, mezclas indefinibles de sonrisas y lágrimas en las que bullen y se agitan las esperanzas y los recuerdos de pasadas alegrías; ese conjunto de inspiradas notas, que empiezan con

un ¡ay! tristísimo y terminan delicadamente en un suave suspiro entrecortado, encierran tan gran tesoro de poesía, dicen al alma tanto en medio del silencio de la noche, que al escucharlas suspira y llora como si la voz que las canta expresase sus propias penas . . .

Corrí á abrazar al andaluz. ¡Bribón! le dije, con que todo esto sabe V. y lo tenía tan callado?

—¡Bah! respondió con extraña modestia.

—Cómo que ¡bah! No es un simple aficionado quien maneja la guitarra tan hábilmente y quien canta con la maestría que V. revela. Y ésta no es simple opinión mía. Los mismos ingleses parecían embelesados oyendo á usted. Es más; hasta las parejitas enamoradas, eternos perturbadores de los espectáculos con su incansable cuchicheo, permanecieron silenciosos mientras V. cantaba. Lo observé atentamente, porque en el fondo de esta respetuosa atención veía algo que halagaba el amor patrio y aun más debe lisonjear el de usted.

Guardó silencio el andaluz y comenzó á jugar nuevamente con la guitarra como si le mortificaran mis plácemes.

Dirá nadie, pensé yo, que este artista modestísimo sea el elector fanfarrón y el político influyente y empalagoso de Roma? Frecuentemente el hombre hace alarde de condiciones y habilidades que le son punto menos que desconocidas, y mira con indiferencia las relevantes cualidades de que fué prodigiosamente dotado, en justa compensación de numerosas deficiencias Seguía el andaluz sus scherzos sin darse cuenta de que todos los pasajeros le escuchábamos formando un apretado grupo en la popa del vapor; cuando levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los azules de una rubia inglesa que había venido á sentarse en frente suyo. Correspondiendo á su galantería y sin apartar de ella la mirada cantó con graciosa intención:

Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso . . . qué sé yo,
lo que diera por un beso!

Los ingleses sin comprender el picaresco requiebro vieron en él, como la misma Miss, una atención delicada del trovador meridional á la bella representante de la nebulosa Albión, y agra-

decidos tanto como entusiasmados, prorrumpieron en un unánime y nutrido *ve y wuell*.

—¿Qué quiere decir eso? me preguntó el andaluz.

—Como si dijéramos: "venga de ahí." Es decir: eche V. otra!

Y cantó otras cuantas siendo cada vez más aplaudido hasta que llegamos al muelle. En el paredón se agrupaba gran número de curiosos atraídos, al pasar, por la última malagueña cantada en el vapor. Entre ellos, una de las muchas comparsas de guitarras y bandurrias, que después de oscurecer recorren las calles de Nápoles, celebró nuestro desembarco con uno de los más graciosos aires napolitanos.

—Hay que corresponder á esta atención, dije al paisano.

—Cómo?

—Cómo! largando una por todo lo alto, para que sepan lo que es bueno.

Y cantó, si cabe, mejor que antes, y sus últimos acentos fueron acogidos con frenéticos aplausos que duraron algunos minutos. Vana empresa fué intentar la marcha. Los guitarristas napolitanos, galantes jóvenes de buen humor y otros aficionados, se apoderaron del andaluz, y en volandas, como quien dice, le trasladaron al café inmediato para templar... los instrumentos.

¡Juerga tenemos! me dijo éste, viendo el aparato de copas y botellas, pastas y dulces que los mozos trageron ante nosotros.

—Juerga, eh? para mí bastó la de hoy; el cansancio me obliga á ir á la cama. Además mañana debo ir al *Vesubio* y á *Pompeya*.

—También yo, pero esto no me quita....

—A mí, sí, me quita el sueño de que estoy necesitado. Por otra parte, quien como yo no puede beber ni cantar y está condenado á un papel pasivo en estas bulliciosas francachelas siente una envidia que le devora... con que, adiós, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Trabajo me costó resistir á las reiteradas súplicas de aquellos amables jóvenes; pero por fin pude emprender el camino del *Albergo*.

Habría andado un centenar de pasos cuando sentí nuevamente la voz del inspirado cantaor que, resonando melancólica y dulce en el apacible silencio de la tranquila noche, decía:

Permita el Señor que un día
te persiga un toro bravo,
y que corras y tropieces
y que caigas . . . en mis brazos.

Sería una caída mortal, pensé yo, y corrí alejándome de aquel canto de sirena; porque también estaba próximo á caer en la tentación de volver á su lado para pasar la noche escuchándole con arrobamiento y entusiasmo.

No era pequeño el entusiasmo que me inspiraba la idea de subir al *Vesubio* y ver las ruínas de *Ercolano* y *Pompeya*. Así que, muy de mañana hice los preparativos, y puesto en franquía me dirigí á la administración de la ferro-vía funicular. Esta sociedad se encarga de conducir al viajero al *Vesubio* y luego á *Pompeya* y *Herculano*, y se le da almuerzo y comida por la respetable suma de cincuenta y dos liras. Es escandalosamente caro; pero es el medio más cómodo y fácil, y tratándose de las fatigas de una ascensión tan penosa como la del *Vesubio*, todo lo que contribuya á disminuirlas debe aceptarse.

Tomé billete y pasé á la sala de espera. Allí, tendido sobre el sofá y abrazado á la guitarra, estaba el andaluz durmiendo tranquilamente.

—Parece que la juerga fué larga, pensé, retirándome silenciosamente. Será obra de caridad dejar á este hombre dormir, y salí á la inmediata *calle de Santa Lucia* á esperar el carruaje que debía conducirme á la funicular. Cuando unos minutos más tarde me disponía á subir á él, llegó el andaluz y dijo:

—También yo voy, amigo mío.

—Es una crueldad haber despertado á V.

—Así lo ordené yo al tomar el billete. Si esto no es *naa!* Qué tiene que ver esto con las juergas que se corren en mi tierra! Por Carnaval, cuatro días con sus correspondientes noches, sin más cama que el diván de un café durante dos ó tres horas. Por Pascua otro tanto, y eso que viene uno fatigado de la *Semana Santa* con sus procesiones, ayunos y vigiliás. Pero un sacudimiento de estos es para mí tan necesario como la luz. Míre V., los hay que cada mes necesitan acudir á los purgantes, depurativos, sangrías, etc. Yo, no señor. Empiezo á sentirme pesado, impertinente, mal gusto en la boca, las digestiones difíciles, por las noches algo de insom-

nio... pero qué será esto? me pregunto; y recuerdo que llevo quince días de vida metódica y ordenada, y si había de darme una sangría me aplico una juerga, y remedio probado, al día siguiente soy otro.

—Ea, en marcha, le dije; pero deje usted aquí la guitarra y la recogeremos al volver.

—Nada de eso. Quiero proporcionar á V. un buen rato, ya que tiene V. gusto en oirme. He de cantar un jaleo en la parte más alta del volcán.

Me hizo reír el singular obsequio de mi compañero, y tomamos el camino del muelle en dirección á la Marinella. En el puente que la une á la carretera de *Portici* hay una hermosa estatua de San Genaro. Tiene extendida la mano hacia el Vesubio.

—Qué significa esa actitud? me preguntó el compañero.

—Recuerda cuando los ruegos del santo libraron á Nápoles de ser envuelto en la lava que cubrió á los demás pueblecillos de la izquierda, y desde entonces protege esta ciudad librándola de la lluvia de fuego.

—Vamos, y los otros pueblecillos que se las arreglen como puedan!

—Hombre, no. Los otros pueblos tienen su patrono, y cada uno que haga lo suyo.

—Pues no hacen mucho. Recuerdo haber oído á V. que hay pueblecillos de estos que ha sido destruído siete veces por la lava.

—Y eso le prueba á V. la facilidad con que el hombre olvida las mayores desgracias arrostrando de nuevo los peligros en que estuvo á punto de perecer. La falda de esta montaña debiera estar desierta, é inspirar un horror que la hiciera inhabitable, en recuerdo de las innumerables víctimas que las erupciones han causado.

—Bah! No vé V. nuestros marinos? Al día siguiente de una borrasca en que peligró seriamente su vida, vuelven á desafiar el embate de las olas. Descarrila un tren, vuelca una diligencia, cree usted que al día siguiente no hay viajeros? Tantos ó más que la víspera. No hay nada que no envuelva sus peligros, y en fuerza de verlos por todas partes acabamos por mirarlos con indiferencia y hasta con desprecio.

—Este debe ser un hombre de corazón y sangre fría. dije para

mís adentros; y extrañando el movimiento de ómnibus, tranways, coches y carros que atravesaban la calle después de media hora de camino, pregunté al guía:

—Aun estamos en *Nápoles* ?

—Sí y nó , me dijo . Sí , por cuanto todos estos pueblos , *Pórtici*, *Resina*, etc., forman una calle con *Nápoles*, y es preciso fijarse en las administraciones de consumos ó rotulaciones de las casas para saber dónde acaba uno y comienza el otro. En este momento llegamos á *Resina* , fundada sobre la que un día fué *Ercolano*. Esta puerta de la derecha, como indica la inscripción, es la entrada del viejo teatro latino , donde comenzaron las excavaciones. Pero ya lo veremos luego . y ahora tomando á la izquierda emprendemos la subida de la montaña que durará dos horas hasta la funicular .

Pocos minutos después de comenzada nuestra marcha , encontramos en una revuelta del camino un grupo de guitarristas y bandurristas .

—Estos la corren más que yo , dijo el andaluz .

A medida que nos acercábamos á ellos , veíamos por sus actitudes que se disponían á recibirnos con música .

—Pero qué hace esta gente? pregunté al guía .

—Están siempre aquí , me contestó , y obsequian á los viajeros que pasan con una fantasía .

Efectivamente, colocados cuatro á cada lado del camino, dejaron en medio el coche, y siguiendo su marcha pausada y lenta por la pendiente, comenzaron á tocar y cantar la alegre canción napolitana *Funiculí - funiculá*. Y no dejó de agradarme aquel obsequio que estaba en carácter. A derecha é izquierda la lava y arriba el cráter . . .

Nos acompañaron largo rato, les dimos la *mancia* de ordenanza y continuamos subiendo la espiral de aquel camino que serpentea por entre la montaña de negra lava. Aparte el natural declive de la montaña, sus laderas cubiertas de lava remedan el oleaje de un mar negro, como si dijéramos, un océano de alquitrán. Es imponente aquella vasta extensión de roca oscura en la que se destaca algún que otro huerto á manera de verde isla, caprichosamente respetada por las erupciones del volcán.

—Pero toda esta masa de piedra es realmente lava? preguntó el andaluz.

—Sí, nos dijo el guía. Cae en pequeños trozos, cuando no en ceniza candente, y al enfriar se adhieren unas partes á otras y forman una masa compacta que afecta las formas extrañas que usted puede ver á un lado y otro del camino.

—Y es reciente? pregunté.

—Mucho de esto es de los años 67, 69, lo hay del 76, y á medida que vayamos subiendo lo iremos encontrando más moderno, hasta pisar lo que cayó la semana última.

—Y quién dice que en nuestra excursión no viene á sorprendernos una de estas lluvias?

—Puede asegurarse que nó. La empresa tiene apostados en el cono superior guías que observan la dirección de la lava, y en fuerza de ver un día y otro el cráter, pueden determinar con precisión casi matemática la dirección é intensidad de la erupción.

Dejamos á la izquierda el observatorio meteorológico, y tras otros tres cuartos de hora de subida llegamos á la estación inferior de la funicular. En el inmediato *ristoratore* nos dió la empresa el prometido almuerzo compuesto de mala carne y peor vino, y después de tomar un café entramos en la estación inmediata. Ya estaba preparado el coche ó wagón. Es éste un cajón de forma triangular para poderse adaptar á la oblicuidad del plano inclinado. Los asientos están escalonados como las gradas de una escalera. No hay ventanillas ni portezuelas; porque excepto la lijera cubierta, todo está al aire para evitar la resistencia al viento que en aquellas alturas sopla duramente de ordinario.

El día era frío. El viento había empezado por empujar nubecillas que á manera de cortinas nos privaban por momentos del sol. Perdimos éste de vista cuando llegamos á la funicular, y el viento sacudiendo violentamente las nubes hacía llegar hasta nosotros una lluvia de agua pulverizada. Nos envolvimos en los capotes y mantas de viaje y arriba.

Al comenzar la marcha se llevan las manos por instinto á la barra de yerro inmediata. Aquello no es el subir cómodo del *ascensor* de los hoteles, en los que la forma de gabinete del aparato y la marcha en sentido vertical hacen apenas perceptible el

movimiento. Pero al aire libre, cuando á los piés está un abismo y arriba un volcán, ir de un extremo á otro azotado del viento húmedo y frío, recorriendo una pendiente que oscila entre el 44 y el 63 por 100, tiene algo de locura.

— Repiten muchos este viaje? preguntó el andaluz.

— Casi ninguno que yo sepa, respondió el guía.

— Sí, lo creo, dijo aquél, y como no se descubra la dirección de los globos no volveré yo á visitar estas alturas y correr estos riesgos.

— Pero son riesgos que debemos mirar con indiferencia y hasta con desprecio como V. decía poco ha, repliqué yo.

— No hay peligro ninguno, observó el guía.

Tiene el wagón un freno poderosísimo que en caso de rotura de un cable detendría el coche instantáneamente.

— Y ahora, decía el andaluz, vaya V. á Sevilla y cuente que ha visto este mar de lava y ha subido por esta pendiente, y lo demás que hay que ver, y no hay uno solo que le crea á usted. Todos se guiñarán el ojo como diciendo: cuéntaselo á tu tía.

— No me choca. Son ustedes la exageración personificada, todo lo abultan, dan á los hechos más vulgares proporciones gigantescas, y cuando describen un fenómeno raro ó cuentan algo extraordinario, no hay quien los crea.

— Pero hombre qué exageración, ni qué niño muerto.

— Vamos, tenga V. franqueza y perdone la mía, si en confirmación de mi aserto le cito hechos. ¿Ha gastado V. alguna vez en una elección 100 ó 150 onzas, como me aseguraban en Roma?

— Hombre, qué material es usted! Quien dice *una onza* dice diez, cincuenta ó ciento. Cuestión de número.

— Pues ahí está la exageración que desfigura y altera los hechos. Sin ir más allá, V. que alardeaba de gran intimidad con D. Antonio Cánovas, ¿se codea V. con él?

— Codear, codear... es el jefe del partido, jefe indiscutible, como el padre de la familia conservadora... vamos y yo le miro como un padre.

— Bien. El mismo Sr. Romero. Qué cosa le autoriza á usted á llamarle Paco?

— Eh! Alto ahí. Paco y yo, hemos bebido juntos más de cuatro cañas.

—Pase. Pero el mismo Sr. Pidal . . . le trata usted ?

—Tratar , tratar. Es V. tan material. Tratar? No, pero soy amigo de un canónigo de mi pueblo, mestizo por cierto, que se escribe mucho con él.

—He ahí la exageración, y esto que V. tomaba por trato íntimo ya le autorizaba para llamarle *Alejandriyo* y travieso, sin pensar que V. es conservador y él jefe de la fracción clerical del ministerio.

Y llegamos á la estación superior. Allí nos esperaban cuatro guías de la empresa para subir los 230 metros que hay al cono central. También nos aguardaban otros con sillas de mano para poder subir más cómodamente. Pero hubimos de renunciar sus servicios, porque nos parecía escandaloso dar 25 liras por cada silla. Y comenzamos la marcha por un camino pendiente cuyo piso le forma una espesa capa de lava pulverizada en la que se hunde el pié. Retarda un poco la marcha, pero la hace más segura evitando resbalones peligrosos. A los cien metros tropezamos un pequeño reducto, resguardado de los vientos, donde los viajeros se detienen un momento á descansar. Así lo hicimos nosotros y á los pocos momentos comenzamos nuevamente la marcha en medio de una niebla espesísima que nos obligaba á caminar juntos para evitar extravíos peligrosísimos en aquellas alturas. A los pocos pasos observamos que la lava crugía bajo nuestros piés.

—Qué es esto? Preguntamos.

—Es lava que ha caído la semana pasada, nos respondieron.

Diez pasos más lejos vimos con sorpresa inexplicable que bajo nuestros piés y por distintas grietas salía humo. ¿Y esto? ¿Qué quiere decir?

—Es uno de los muchos puntos por donde respira el volcán.

El andaluz y yo nos miramos. Qué mirada tan expresiva! Todo el miedo que yo tenía debió verlo escrito en mis ojos. Yo leí en los suyos el pánico de que estaba poseído.

Uno y otro habríamos dado la vuelta sin esperar más; pero vista la tranquilidad de los acompañantes, su conocimiento práctico del sitio que recorríamos, teniendo en cuenta que nuestro amor á la vida no sería seguramente mayor que el que ellos profesaban á la suya, consentimos en seguir adelante.

A la derecha comenzamos á distinguir vetas amarillas que ensanchándose acababan por cubrir una vasta extensión de más de cien metros cuadrados.

—También aquí llueve azufre? preguntó el andaluz.

—De todo, señor, menos monedas, dijo el más derrotado de los guías.

Seguimos subiendo y estaríamos según éstos á unos treinta pasos del cráter cuando sentimos distintamente un ruido parecido al que produciría una lluvia de guijo ó piedra menuda. Sentí un estremecimiento indecible. Miré á la izquierda y á través de las grietas de una oscura capa de lava vi fuego. El calor se sintió cuando dimos dos pasos más. Todos nos miramos con ansiedad. La cara de los acompañantes no revelaba mayor confianza que las nuestras.

—Pero qué es esto? Pregunté.

—Lava que debió caer esta mañana.

—Y no tenían ustedes conocimiento de ello? Y es ésta toda la seguridad que nos ofrecen?

Vino á cortar nuestro diálogo el ruido precipitado de pasos bajo los que sentíamos claramente el crujido de la lava al deshacerse. Eran los guías establecidos en el cono central. El que venía delante gritó: ¡Atrás y pronto! El volcán parece entrar en un nuevo periodo de actividad, y la lava, aunque sin fuerza, comienza á venir en este sentido.

No esperamos más. Aquello fué una desbandada general, atropellada. El miedo nos abultó el peligro y como si el mismo volcán viniera en pos nuestro, nos precipitamos por el sendero corriendo un riesgo seguro y mayor que el que deseábamos evitar.

Media hora después llegábamos á la estación superior de la Funicular. Nos contamos. No faltaba ninguno. Entramos en el wagón y como si también éste participara de nuestro pánico, rodó rápidamente por el declive poniéndonos momentos después en la estación inferior.

—¡El coche, el coche! gritó el andaluz que aun creía ver azufre y vapores y fuego en redor suyo. No más sereno que él subí precipitadamente al landeau é hicimos correr á los caballos como si á la zaga lleváramos una escolta de cráteres en erupción.

De cuando en cuando mirábamos hacia atrás. Pero la parte

superior de la montaña, envuelta en niebla como por la mañana, no revelaba en su calma aparente la agitación que había en su interior.

—Y la guitarra? Pregunté, echándola entonces de menos.

—Está tomando inhalaciones de azufre, contestó el compañero algo repuesto.

—Y el jaleo que V. me prometía?

—Conque, jaleo! Le parece á V. pequeño el que hemos tenido? Si todavía no me creo seguro.

Otro tanto pasaba por mí, y ayudando al cochero á arrear los caballos, llegamos á las dos y media á Resina.

Este pueblo, continuación de *Pórtici*, que lo es á su vez de *Nápoles*, está fundado sobre la vieja *Ercolano*. No es posible hacer una excavación medianamente profunda sin encontrar objetos de arte ó restos de antiguos edificios. Esto mismo constituye una dificultad en las excavaciones: la expropiación que debiera llevarse á cabo para continuar las obras. Y es posible que el valor de los objetos descubiertos no compensase la mitad de los gastos. Además la lava que sepultó la compañera de *Pompey* era una arena finísima que acabó por formar una roca dura como diamante. Por otra parte *Pompey*, con poco trabajo y escasos gastos, proporciona numerosos objetos y raros ejemplares de todo lo necesario para reconstituir el modo de ser y la vida de la antigua sociedad pagana, y eso basta.

Reservando toda la atención para esta, nos contentamos con ver el *teatro de Ercolano* cuya entrada está en la calle donde desemboca la carretera del Vesubio. Bajando unas cuantas escaleras se llega, con el auxilio de varias luces, á las gradas del anfiteatro casualmente descubiertas á mediados del último siglo al perforar una roca para un pozo artesiano. Se baja después al hermoso pasillo que ocupaba la orquesta y sobre él se extiende el anchísimo y elegante escenario. De todo ello, dada la profunda oscuridad que allí reina y los gruesos sillares que han quedado sin perforar para evitar que los edificios superiores vengán al suelo, no es posible formarse idea sin tener á la vista la lámina que trazaron los arquitectos y arqueólogos presentando el teatro como debió ser.

Salimos poco satisfechos de aquella lóbrega cueva, cuyo aire es húmedo y mal sano y emprendimos el camino de *Pompeya*.

Empleamos en él tres cuartos de hora corriendo siempre á la orilla del mar y atravesando á *Torre del Greco* y *Torre del Anunciata*, pueblos de mucho caserío y regulares puertos, casi unidos entre sí y á Resina por numerosísimas villas situadas á uno y otro lado del camino.

De *Pompeya* tenía buenos informes, las guías dan numerosos detalles de sus excavaciones y como complemento había dedicado algunas horas al examen del grande y hermoso plano en relieve de esta ciudad, que ocupa uno de los principales salones del museo de *Nápoles*. En esta obra, milagro de paciencia y habilidad que recuerda el plano del viejo Gijón, existente en el museo de artillería de Madrid, debido á un ilustre asturiano, había podido observar sus calles rectas, estrechas y largas, con elevadas aceras ó pasillos, y en el centro el piso de losa sobre la que los carros habían dejado hondas huellas. En él había visto los restos de las basílicas y templos, los fórum, tiendas, termas, en su frente los ristorantes ó bodegas de vino donde los pompeyanos debían tomar un refrigerio después del baño, las casas con los distintivos y signos que indicaban el uso bueno ó malo á que estaban destinadas, el *protyrum* ó entrada de los palacios, la *cella atriensis* ó portería, el *tablinum* ó salón de recibimiento, el *peristylum* ó pórtico interno, en su derredor las *cubicula* ó dormitorios, el *gynœceum* ó habitación destinada á las mujeres, el *triclinia* ó comedor, el *sacrarium* ú oratorio con los Dioses Penates y la Pinacotheca ó galerías de pinturas, etcétera, etc., y tenía una idea bastante aproximada de la forma de la ciudad, su modo de ser y sitio que ocupan los edificios más importantes.

Todo esto, sin embargo, no fué parte á disminuír la honda impresión que sentí al verme en la encrucijada de donde arrancan las interminables calles de *las thermas* y de la *fortuna* y la *via de los sepulcros*. No era la ciudad contemplada á vista de pájaro, tal vez fantaseada por el artista. Era la ciudad real que por espacio de 1900 años había permanecido sepultada bajo la lava; y al verla surgir ante mis ojos con sus calles desiertas y silenciosas, sus palacios inhabitados, los templos medio destruídos, mutilados los ídolos, el espacioso fórum obstruído con los capiteles y fustes de sus columnas, medio arruinado y cubierto de yerba el vasto anfiteatro que resonara con la alegría de las fiestas y el ruido de sus

lujosos carros . en presencia de este monumento magestuoso é imponente , me sentí como trasportado á la antigua edad y visitando una de esas ciudades momentos después de haber sido saqueada, y casi demolida, por una horda de feroces bárbaros.

Déjeme V. de detalles, dije al guía, que se empeñababa en sujetarme á su rutinaria descripción, y tomando por la vía de los sepulcros abajo , fuí á dar á la espaciosa casa de Diomedes , centro de la vida fashionable y tan magistralmente descrita por Wulber en los "Los últimos días de Pompeya."

Sus inmensas bodegas, pobladas aún de ánforas, revelan el fastuoso tren y sibaritismo oriental que debió reinar en aquella morada del placer. En ellas fueron encontrados veinte esqueletos, tal vez huéspedes del espléndido anfitrión sorprendidos en una noche de orgía por la lluvia de la lava que sepultó la ciudad. En alguno de ellos se ven distintamente las huellas de una agonía dolorosa, las manos crispadas revelando la desesperación impotente y el rostro contraído por la rabia.

En una pared se percibe el perfil de una cara y bajo ella el dibujo de un medallón con el nombre de Diómedes. Quizá una de sus hijas se arrimó allí buscando apoyo en un instante de desaliento quedando después envuelta en lava . . . Otros cuatro esqueletos fueron encontrados junto á la puerta del jardín. Tenían en las manos llaves y alguno de ellos un joyero lleno de objetos preciosos y piedras de valor.

Allí, contemplando aquellos restos admirablemente conservados, cree uno asistir á los últimos momentos de aquella ciudad; momentos terribles á los que no puede compararse ninguna de las grandes calamidades sufridas por otros pueblos.

Salí de ella profundamente impresionado después de haber recorrido lo más notable de sus excavaciones, y con mi compañero de viaje y el representante de la funicular, me dirigí al *restaurant Diomedes*, que está entre la puerta *Marina* y la estación del ferrocarril. Nos dieron un *pranso* mediano y nos dispusimos á volver á Nápoles. Cuando nos dirigíamos al carruaje llamó nuestra atención un grupo numerosísimo en las inmediaciones, que escuchaba con religioso silencio las esplicaciones de un caballero.

—¿De qué se trata? pregunté á uno de los más próximos.

—Del Vesubio, me respondió.

—Pero qué es esto?

—Es el director de los trabajos de excavación de *Pompeya* que acaba de llegar para tomar precauciones.

—Contra quién?

— No le digo á usted ? contra el *Vesubio*. Hoy á medio día se abrió un nuevo cráter que arrojaba la lava en dirección de la funicular. Siguió el volcán sin dar grandes señales de actividad; pero á las cinco de la tarde, según dice este señor, se abrió otro nuevo cráter de más de cien metros de largo, en dirección á *Torre dell Anunziata y Pompeya*, y se teme cualquier contratiempo.

Comenzaba á oscurecer. Poco á poco iba desvaneciéndose la niebla que envolvía el cono del volcán y á veces se percibía un resplandor rojizo nuevamente sofocado por la niebla. Por fin ésta fué cediendo y cuando la oscuridad se hizo más intensa apareció una larguísima faja de fuego que desde el nuevo cráter bajaba hacia *Pompeya*.

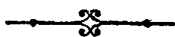
Nuevamente volvió á apoderarse el pánico de nosotros, que sentados en el coche esperábamos otros detalles. Pero no quisimos ver más.

¡Arree V. firmel dijimos á un tiempo al cochero el andaluz y yo; no nos suceda abajo la desgracia que eludimos arriba.

Y salimos como alma que lleva el diablo, mirando con verdadero terror aquel monstruo de fuego que inclinándose hacia la desgraciada *Pompeya*, parecía querer una vez más hacerla víctima de sus bárbaras caricias.

Suyo afectísimo amigo y paisano.—A.

APÉNDICE. (1)



ROMA, Abril 30, 1885.

Con dificultad podría darte cuenta en esta breve carta de las impresiones recibidas desde mi llegada á Roma; porque, en fuer-

(1) En la imposibilidad de buscar y coordinar otros borradores, publicamos algunas de las cartas de que hacemos mérito en la página 19, completadas alguna vez con apuntes del *ábum* de sus viajes.

za de ver cosas buenas, apenas tengo tiempo para formar juicio, limitándome á admirar esta Ciudad-museo pagano-cristiana.

Aquí se camina de sorpresa en sorpresa: si *San Pedro* admira, el *Pantheon* sorprende, el *Anfiteatro de Tito* asombra, y así de maravilla en maravilla llega un momento en que no queda más que la conciencia de la propia pequeñez, en frente de la grandeza monumental de esta ciudad eterna. En el *Vaticano*, palacio Papal, contiguo al gran templo de San Pedro, sentí profunda admiración ante aquel lujo deslumbrador, superior al que pueden ostentar los soberanos de la tierra. Aquello más que palacio, es una reunión de soberbios edificios, con inmensos jardines, donde caben seis Villaviciosas. Encierra los mejores museos del mundo: uno de pintura y otro de escultura. El primero tiene muchos cuadros de *Rafael* y allí ví su retrato hecho por él mismo, el de la *Fornarina*, su célebre modelo, el *Consejo de los Dioses*, la *Escuela de Atenas*, grandioso trabajo que reveló la superioridad de genio artístico del Urbino,—la *Disputa del Santísimo Sacramento*, frente al anterior fresco, pintado por el mismo genio á ruegos de Julio II para humillar la arrogancia del *Perigino* y de *Lucas Signorelli*, la *Transfiguración*, etc.; allí la *Confesión de San Gerónimo* del *Domercœchino*; *Iris*, bellísima creación de notable colorido de *Guido Head*; la *Aurora* de *Guido Reni*, preciosa obra en la que también campean colorido deslumbrador, dibujo correctísimo y distribución tan acertada y feliz que hacen de esta pintura un verdadero *copo-labore*; y allí, en fin, entre otros portentos pictóricos el retrato de la bella y desgraciadísima *Beatrice Cenci*, sacrificada á la intolerancia y bárbaro poder inquisitorial de su época. El Museo de escultura está lleno de obras de un mérito inapreciable; como el *Laoconte*, *Apolo*, *Perseo*, *Venus*, *Adonis*, *Adriana*, *guerreros y gladiadores*, *Césares*, *filósofos*, *emperadores*, etc. en salones cuyas paredes son de mármol y jaspe, y el pavimento mosaicos extraídos de los viejos palacios imperiales y de templos paganos. De la Roma antigua no sé qué decir de mi impresión ante los *templos de Minerva*, *Marte* y *Vesta*, el *panteon de Agripina*, la *tumba de Cecilia Metella*, los *arcos de Jano* (*cuadriponte*), *Tito*, *Constantino* y *Druso*, el *grandioso Foro*, el palacio de los *Césares*, los frescos en la *casa de Nerón*, el *Coliseo*, las *vías Apia* y *Annia* y otros recuerdos de! pueblo rey.

Mucho anduve para ver y admirar esta ciudad sin igual en la tierra: estuve en la plaza del *Popolo* para orientarme y en el paseo del *Pincio*, que es un buen punto de vista; fuí á las *villas de Farnesio*, *Panfili*, *Torlonica* y *Spada*, á la *Trinidad del Monte*, donde está el magnífico *Descendimiento* de Bolegna; bajé á la *plaza de España*, en la que se dedicó una estatua á la Purísima Concepción de la Virgen sobre una elevada columna; visité el palacio del *Quirinal*, hoy Real, morada de los Reyes á quienes debe Italia su unidad. Fuí otro día al *castillo de San Angelo*, sepulcro de Adriano primeramente, después teatro de grandes crímenes donde fueron asesinados Benedicto VI y Juan X, y donde vivió la famosa Marosia, que escandalizó á Roma con sus liviandades; sucesivamente visité el *Capitolio*, hoy Ayuntamiento, y más de ciento cincuenta iglesias, todas buenas, entre ellas *San Juan de Letrán* y *Santa María la Mayor*, *San Pablo* y *San Lorenzo* en las afueras; y, en fin, innumerables monumentos de que ya os hablaré en *la villa*. No abandoné á Roma sin conocer la vivienda del *Tasso* y, mucho menos, sin admirar en dos ocasiones los frescos divinos de la *capilla Sixtina*, una de las más bellas creaciones de la pintura moderna, monumento de eterna gloria para la de *Miguel Angel*, pintor, escultor, arquitecto, poeta . . .



FLORENCIA, 11 de Mayo.

Será pálido cuanto pueda decirte respecto á la hermosura de esta ciudad de las flores. El trato distinguido y afable de la gente, sus monumentos, las obras de arte, especialmente las galerías de pintura, que dejan atrás á las de Roma,—y está dicho todo,—sus alrededores pintorescos, llenos de *villas* esmaltadas de flores, le dan una indisputable superioridad sobre los demás pueblos de Italia. Aquí la vida es más barata, el alimento mejor, las habitaciones más limpias y en todo se observa una cultura, que contrasta con la rudeza del pueblo napolitano y es superior á cuanto Roma puede ofrecer en este género.

He visitado cuanto hay en Florencia de notable, y hoy he subido á la inmediata aldea de *Tiesole*, desde donde se descubre un sorprendente panorama.

Es difícil puntualizarte en una carta las grandiosas construcciones de *Florencia*: citaré solamente á *San Miguel*, construcción cuadrada, gótica, antes iglesia y hoy ¡almacén de granos!, cuya fachada adornan esculturas de los mejores maestros florentinos; el famoso *Baptisterio*, cuyas puertas por *Ghiberti* en el siglo XV son indescriptibles, diciendo Miguel Angel de la que lleva el nombre del *Paraíso*, " que pudiera colocarse á su entrada." El mismo artista dijo también de la cúpula de la *Catedral*, sin armaduras, sostener, ni arbotantes, arranque del genio de *Brunelleschi*: " es difícil hacer una cosa tan buena é imposible hacerla mejor."

La *Logia de Orgagna* tiene riquísimas esculturas; el *Palacio de los Oficios* estatuas de toscanos célebres; el de *Pitti*, notable por su atrevida sencillez y grandeza del conjunto, sirve de Palacio real, y en parte, de Museo de pintura y escultura, donde se admiran la prodigiosa *Venus de Médicis*, el *Fauno*, el *Escita* y los *Luchadores*, cuatro obras maestras, que nos ha legado el genio artístico de los griegos. Hay allí otras magníficas estatuas y cuadros maravillosos recordando ahora entre éstos, sin mirar mis apuntes, á *Fra Filippo Lipi*, declarando su pasión á la monja, que le servía de modelo; *La bella de Ticiano*,—probablemente la Duquesa de Urbino, Leonora,—una de las más espléndidas producciones del artista Veneciano; y los ángeles del cuadro *Coronación de la Virgen* de *Fra Angélico*, sus vivos colores, el brillante fondo dorado y el místico arrobamiento que se refleja en los semblantes, hacen de estas delicadas figuras obras maestras de su clase.

El *Palacio viejo* tiene la torre atrevidísima y original, siendo así una de las más características construcciones de Florencia; el de *Strozzi* es tipo acabado del gusto arquitectónico florentino en su más perfecto desenvolvimiento; en el magnífico de *Riccardi* nacieron los más ilustres de los Médicis, cuyo panteón es sin igual, y en la tumba de *Giulano*, por Miguel Angel, está la estatua de *La Noche*, que inspiró á Strosi los siguientes versos:

«La Notte che tu vedi in si dolci alti
Dormire, fu da un Angelo s colpita

In questo sasso, é perché dorme ha vita ;
Destala, se no 'l credi, é parleratti.»

Miguel Angel, aludiendo á la abolición de la República por los Médicis, escribió bajo esta misma estatua:

«Grato m' e'l sonno é piu l' esser di sasso ;
Mentre que 'l danno é la vergogna dura
Non veder, non sentir en 'e gran ventura
Pero non mi destar; deh parla basso.»

La tumba de *Miguel Angel Buonarotti* está en *Santa Cruz*.

P. S. Abro esta carta para apuntaros n.i visita al notable palacio del *Podestá* ó *il Bargelo*, residencia del primer magistrado de la República, destinado cuando la abolición de aquella á prisión de Estado hasta que modernamente fué convertido en Museo nacional. En él halla cabida cuanto se refiere á la historia del arte italiano durante la edad media y época moderna. En el patio se ven esculpidas las armas de los *Podestás*, sobre bellas columnas y airosos arcos: la espaciosa escalera está cortada por caprichoso arco triunfal y, con otros ricos detalles, resulta el palacio acabado modelo de la arquitectura del siglo XV...



BOLONIA, 14 de Mayo.

De esta ciudad, como de otras de Italia, no debiera decirte nada reservándolo todo para larga conversación á la sombra de la *parra silvestre*; pero ya que te escribo por fe de vida, diciéndote que sigo lo mismo de mi dolencia, quiero manifestarte alguna cosa de esta antigua ciudad pontificia. Tiene gran número de templos, debiendo citarte á *Santa María*, con su elegante pórtico; á *San Petronio*, donde Carlos V fué coronado emperador por Clemente VII; á *San Esteban* y *San Giacomo Maggiore*; los sepulcros de *Santo Domingo* y de *Santa Petronila*, aquél, bello monumento con ricos detalles escultóricos y éste que es una imitación del de Jesucristo en Jerusalem. Hay en Bolonia dos viejas torres inclinadas, de *Asinelli* y *Galisenda*; la primera con

cuatro y la segunda con diez piés fuera de la vertical; y hermosos palacios como los de *Brum*, *Isolani*, *Malvasia*, *Fava*, el muy bello de *Bevilacqua*, *Frantuzzi*, *Barcellini*, *Risparmio* (hoy Caja de ahorros), etc., etc. Dos estatuas fueron elevadas al célebre físico *Galvani* y al jurisconsulto *Rolandino Passeggieri*, que sostuvo victoriosamente los derechos de Bolonia contra Federico Barbarroja. Desde la elegante y moderna *puerta de Zaragoza* arranca una galería de seis kilómetros de extensión, que va á la *Madogna de San Lucas* . . .



RÁVENA, 20 de Mayo.

Por la mañana vine á Rávena y antes de regresar á Bolonia, te pongo dos letras. Sigo lo mismo.

Esta población es antiquísima y contiene los mosaicos mas antiguos y de más mérito; más antiguos,—mejor dicho,—los hay en Roma; pero no valen lo que éstos, como el *retrato de Justiniano* en *San Apolinario* y otros en el presbiterio de la *Catedral* y la *capilla del arzobispo*. Visité las tumbas de *Galla Placidia*, *Honorio*, *Constancio III*, del emperador *Teodorico* y del inmortal poeta italiano DANTE. Se halla junto al palacio de *Guido de Polenta*, su protector, donde murió el poeta de la *Divina Comedia*, á principios del siglo XIV. En el álbum que firman cuantos visitan esta cámara sepulcral, se leen los siguientes versos, escritos por el pontífice Pío IX, en 1857:

«Non é il mondan rumore altro che un fiato.
di vento ch' or va quinci ed or va quindi
e muta nome, perché muta laio.»

Para mis planes esta excursión tiene mucho interés, porque Rávena en los siglos V, VI y VII tuvo gran importancia histórica. Entre las iglesias son admirables la de *San Apolinario nuevo*, erigida por Teodorico el grande, como catedral arriana y dedicada al culto católico en el siglo VI por el arzobispo *Agnelo*; la de *San Apolinario in Clase*; la *Basílica de San Vital*, modelo de la de Santa Sofia, en Constantinopla, y de la de Aquisgrán de

Carlomagno. Hay en la Catedral una preciosísima cruz de plata, llamada de *San Agnello*, nada menos que del siglo VI; esto es, la friolera de seiscientos años antes de la de San Salvador de Fuentes, en nuestra inolvidable *Villa*. En la Rávena moderna se levantó merecida estatua á *Luis C. Farini*, dictador y protector de la comarca cuando la gloriosa guerra de la independencia italiana.



VENECIA, 28 de Mayo.

Por fin dejo hoy este paraíso, bien á mi pesar, pues nada recuerdo como los días deliciosos que aquí voy pasando. La estación de verano es la mejor en esta ciudad extraordinaria y, con los calores de estos días, ya comienzan á animarse los *baños de Lido* y están los canales cruzados por góndolas lujosísimas de príncipes y grandes personajes que vienen á pasar el verano. En el *palacio de la Librería* ó Real, edificio magnífico que visité ayer, se hacen preparativos para recibir á la popular reina de Italia.

Si fuera á escribir todas mis impresiones en la célebre y poética Venecia, no sé cuándo terminaría esta carta. No ya su historia, opulencia y poderío, ni su gran papel en los siglos X al XVI, sus guerras, su decadencia desde la Liga de Cambray, la dominación del Austria y su libertad y servidumbre, alternativamente, desde comienzos del siglo actual hasta la reciente unidad italiana . . . sinó sus maravillas y su hermosura, serían muy largas de contar y describir. Si han de continuar mis cartas al *Carbayón* no sé cuándo tendrán fin.

Por dónde comenzaré? . . .

La *Basilica de San Marcos*, de los siglos X y XI, reconstruída en el XII bajo el estilo bizantino, está decorada con una magnificencia oriental, que hace de este templo un verdadero prodigio. Hay también otras iglesias notables, como la de *Santa María de la Salud*, erigida en el siglo XVII por *Longhena*, discípulo de *Palladio*, en conmemoración de la plaga de 1630.

Entre los monumentos merece especial mención el gótico *Pa-*

lacio ducal, su suntuosa *escalera de los gigantes*, donde los inquisidores del Estado decapitaron al *Doge Marino Faliero*, reo del delito de lesa nación. En el salón del *Mayor Consejo* están el cuadro *Paraiso*, del *Tintoreto*,—la mayor pintura del mundo,—y cerca de la cornisa los retratos de los setenta y seis *Doges*: en el hueco destinado al infeliz Marino, se lee: HIC EST LOCUS MARINI FALIERI DECAPITATI PRO CRIMINIBUS.

Otros muchos portentos artísticos se atesoran en Venecia. En el salón del *Senado*, pinturas de *Tintoreto* y *Palma el joven*; en la *Escuela de San Marcos*, levantada por los Lombardi, singulares relieves en perspectiva; y en la de *San Roque*, construída en el siglo XVI con magnífica fachada y hermosa escalera, los salones académicos están decorados con cuadros, también de *Tintoreto*, *Ticiano*, *Veronese* y notables bajo relieves de *Filiberti*.

Aquí nacieron el gran colorista *Ticiano* y el célebre escultor *Canova* y aquí tienen sus hermosas tumbas: del primero admiré sus incomparables obras la *Ascensión de la Virgen*, verdaderamente maestra, con la *Santa Bárbara* de *Palma el Viejo* y el *San Gerónimo*, bellísima escultura de *Alejandro Victoria*.

Pero ¿y la población?... La gran *plaza de San Marcos*, la *piazeta*, la *isla y convento de San Jorge el Mayor*, los jardines públicos, los muelles, las calles estrechísimas, todo, todo tiene en Venecia un encanto indecible. Ciudad formada de islas, unidas por caprichosos puentes é innumerables canales, surcados por infinitas góndolas, parece que surge y flota en el Adriático y que éste la estrecha y la besa recordando su constante unión con con la *Serenísima República*, cuando las bodas en el *Bucintoro* ó buque de gala, desde donde el *Doge* anualmente arrojaba á las ondas un nupcial anillo.

El *gran Ganál!*... No puede imaginarse nada semejante desde cualquier punto que se le contemple, desde los *Palacios real y ducal* ó los de *Chambord*, *Ferro*, *Contarini*, *Manin*, *Casa de oro*.—modelo elegantísimo del estilo gótico,—ó desde *Santo Tomás*, y también desde el *punte de hierro de la Academia* ó el grandioso de *Rialto*...

En mi rápida expedición se destacará siempre el recuerdo de Venecia sobre el de los restantes pueblos. Hay ahora luna llena, tiempo seco y caluroso, y con ese motivo está el *Canal* hecho un

ascua de oro, esmeralda y topacio, de ocho á once de la noche: góndolas rodeadas de forolillos venecianos conducen pequeñas orquestas con tiples y tenores, en su redor se agrupan las otras góndolas de los extranjeros, que estamos embobados viendo y oyendo... ¡Qué cuadros! ¡Qué barcarolas á dos voces! ¡Qué coros!... Es imposible que los mismos ángeles dejen de asomarse alguna vez á las altas galerías del cielo para presenciar este espectáculo sin igual; porque no hay imaginación que sueñe siquiera lo que aquí es un hecho repetido un día y otro.



PADUA, 30 de Mayo.

. Una hora tan solamente transcurre desde Venecia á Padua y no era cosa de no ver esta ciudad con la iglesia de *il Santo* y la torre del célebre tirano. Aquella basílica es un gran edificio con siete cúpulas, semejando un templo oriental: en la capilla del popular patrono las paredes están adornadas con bellos relieves representando escenas de la vida de San Antonio y el centro con lámparas y candelabros de plata de gran mérito artístico.

El palacio de la *Raggione*, del siglo XII, destinado á Juntas populares, tiene el salón mayor de Europa. La gran *Logia* ó galería de la plaza, estilo del renacimiento, presenta un conjunto elegantísimo.

Ya supondrás que no dejé de visitar el sitio de la *torre* en la que *Ezzelino da Romano*, célebre tirano de Padua, imponía bárbaros sacrificios y realizó tormentos horribles; se han restaurado los instrumentos y prisiones recordando los horrores que la historia atribuye á aquel déspota inhumano.



VERONA, 31 de Mayo.

. También tiene Verona notabilísimos monumentos. recuerdos de su pasado. Las puertas *Borsari* y del *Tribunal*, antiguos arcos triunfales, ó entradas de la ciudad, son construcciones de los primeros años del imperio romano,—y en el extenso *anfiteatro de la Arena*, erigido bajo Diocleciano en el siglo III para veinte mil espectadores, se verifican ahora frecuentemente ejercicios ecuestres.

En los edificios religiosos pueden estudiarse grandes manifestaciones del arte. Por su fachada, pórtico, nave principal, preciosa cripta y espacioso claustro, es muy curiosa la bella iglesia románica de *San Zeno*; la de *San Fermo* del siglo XIII y la *Catedral* del XIV son notables como construcciones góticas; en la sacristía de *Santa Maria in Organo* hay bellísimos detalles de madera labrada; y en *Santa Anastasia* llama la atención una originalísima pila de agua bendita, ejecutada por el padre de *Pablo Veronese*.

Visité á *Castel vecchio*, antigua residencia de los *Scaligeros*, á la que conduce un bello puente, obra airosa del siglo XIV; las tumbas suntuosas de cuatro poderosos miembros de esta familia, señores de Verona, *Can Grande*, *Mastino II*, *Can Signorío* y conde de *Castel Bano*; la plaza de las *Yerbas*, antes *foro* de la República; y el *Mercado viejo*, original edificio, con airosa escalera del dicho siglo XIV. Frente á la *Logia* ó palacio del Consejo provincial, bello edificio del renacimiento, se levantó una estatua al inmortal poeta florentino con esta sencilla y expresiva dedicatoria:

A—DANTE—LO PRIMO. SVO. REFUGIO—NELLE. FESTE. NEI. VOTI
—CONCORDE—OGNI. TERRA. ITALIANA—XIV MAGGIO. MDCCCLXV—
DC SVO. NATALIZIO.

Pero los que vienen á Verona visitan siempre con especial interés la *Casa de los Capullettos*,—célebre por haber sido teatro de los amores sin ventura, de la hermosa *Julieta* con el gentil *Romeo Mostesqui*,—y la tumba de aquélla, víctima del odio que su familia profesaba á la de su amante. He de advertir á los enamorados, que vengan á ver este sepulcro realzado por una

tradición poética, que no hay razón para creer en la autenticidad de la tumba, cuyas apariencias acusan otro destino diferente. ¡Oh prosa de la vida!

MILÁN, 2 de Junio.

. Entré en la plaza por la *Galeria* magnífica de *Victor Manuel*; su forma es de cruz latina, con un octógono en el centro sobre el que descansa una elevada cúpula; dos mil mecheros de gas se emplean en su iluminación y para encenderlos hay una pequeña locomotora, cuyo paso atrae numerosos espectadores. Esta obra que costó más de treinta y dos millones de reales es el centro de la animación milanese.

Renuncio á hablarte de la *Catedral* ó *Duomo*, y fué inmensa mi admiración al contemplar desde la extensa plaza el afiligranado templo gótico que los milaneses consideran, no sin fundamento, como la octava maravilla del mundo. Una vez dentro se goza extraordinariamente ante tanta riqueza y magnificencia. Entre el sin número de iglesias de Milán ví la antigua de *San Ambrosio*, fundada por el Santo en el siglo IV, y que es un tratado vivo de arqueología cristiana hasta el XV. Las puertas de este templo son, según la tradición, las que San Ambrosio cerró contra el emperador Teodosio después de la cruel matanza de Tesalónica: y sobre una columna, á la izquierda, hay una serpiente de bronce que, según la creencia vulgar, es de las que Moisés levantó en el desierto para curar los israelitas En el refectorio de la célebre *abadia de Santa Maria de las Gracias*, está la *Ultima cena* de *Leonardo de Vinci*; pero convertida la estancia en pajera de un cuartel de caballería francesa, á principios de siglo, sufrió esta bellísima obra maestra bárbaras mutilaciones, que la han reducido á un estado deplorable. Entre otros cuadros del *Museo Brera*, recuerdo el famoso de *Los esponsales de la Virgen*, de *Rifael de Urbino*.

En la *plaza de la Scala* está el famoso *teatro* de este nombre y la estatua del gran pintor *Leonardo Vinci*. El *Hospital mayor*

es una vasta y elegantísima construcción de *terra-cota*, erigida en el siglo XV bajo la influencia del estilo gótico y el gusto del renacimiento: tiene nueve patios rodeados de airoas arcadas y es uno de los mayores edificios de su clase.

No abandoné á Milán sin ver su *cementerio*, lleno de bellos monumentos y sentidos mausoleos, y el *templo crematorio*, regalado á la ciudad por Alberto Keller. El *arco del Simplón ó de la Paz*, levantado por orden de Napoleón I, es magnífico. Ya os contaré mucho más de los monumentos milaneses y de sus instituciones científicas como la *Biblioteca ambrosiana*.



CARTUJA DE PAVÍA, 4 de Junio.

Aprieta el calor y apresuro el regreso para esa.

Como buen español vine á visitar este célebre Monumento. La fachada, de *Borgognone*, es magnífica por la esplendidez de sus detalles y profusión de sus bellas esculturas, y el interior sorprendente. El inmenso claustro tiene elegantes arcos y graciosos detalles de *terra-cota* y el *Monumento sepulcral* de *Juan Galeazo Visconti*, fundador de la Cartuja, es una de las obras más acabadas que encierra este suntuoso templo, contado entre las maravillas del mundo por las riquezas artísticas que atesora. No necesito recordarte que en las inmediaciones de este convento se dió, en 1525, la batalla en que Francisco I de Francia fué hecho prisionero por las tropas de Carlos V.....



ARONA, (LAGO MAYOR) 8 de Junio.

. Salgo para Turín después de una excursión tan encantadora como brevísima por los lagos de COMO, LUGANO y MAYOR, y te escribo en la patria de San Carlos Borromeo.

En las deliciosas orillas del primero están, al sur, la ciudad que le da nombre de más población que Oviedo, con hermosa Catedral, otros buenos edificios y dos extensos arrabales; *Menaggio*, á otro extremo, cuna del célebre escultor León Leoni, llamado el *Arentino*; y, al norte, *Bellaggio*, donde el lago se divide en dos brazos. Por los alrededores hay muchas y bellas quintas de espléndida vegetación. En la *Villa Carlota* está el magnífico grupo de mármol blanco, *Cupido y Psiquis*, del florentino *Canova*. Nada más admirable.

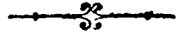
Después fui al lago LUGANO, en el cantón suizo del Tesino. Hay en la ciudad mucho movimiento. Visité dos Iglesias de gran mérito, *Santa María de los Angeles*, donde está un fresco riquísimo de *Bernardo Luino*, representando la *Virgen al pié de la Cruz*, y la de *San Lorenzo* con ricas esculturas. En uno de los muelles se alza la estatua del legendario *Guillermo Tell*, libertador de Suiza, obra del escultor *Vila*. LUGANO está en una situación verdaderamente deliciosa entre pintorescas montañas, cubiertas en su falda por viñedos, olivares, limoneros y multitud de elegantes *villas*. *Mont-Bré*, *San Salvador* y otros pueblecitos presentan los más agradables puntos de vista.

Caminando al MAYOR, me detuve cuatro horas en *Bellinzona* del mismo cantón. población suiza desde fines del siglo XV y objeto de sucesiva dominación de los duques de Milán, de Alemania y Francia.

El lago MAYOR, italiano al sur y suizo al norte, tiene en sus orillas pintorescos pueblos, y entre ellos *Arona*, donde fecho esta carta. En medio del lago se encuentran las encantadoras *Islas Borromeas*: *Isla Bella* con suntuoso palacio y regios jardines de la familia de los Borromeos, *Isla Madre* é *Isla de los Pescadores*, que se visitan, lo mismo que otros puntos, en vaporcitos, que cruzan sin cesar el lago. Las riberas ofrecen al entusiasmado yiajero tan pronto los paisajes más agrestes como las vistas más risueñas é indescriptibles, y tan pronto los ojos se estrellan sobre próximas montañas como se dilatan por extensos horizontes. Aquí, en *Arona*, nació el célebre Arzobispo de Milán, á quien sus paisanos alzaron elevadísima estatua, obra de *Siro Zonetti* y *Bernardo Falcini*, admirable trabajo, aunque ahora New-York presente en competencia la de la "Libertad iluminando al mun-

do " ofrenda artística de Francia á la gran república americana. La estatua de *San Carlos de Borromeo* tiene 70 piés de altura sobre un pedestal de 42. Apesar de sus colosales proporciones no carece de mérito artístico, está formada por grandes planchas de cobre, y la cabeza, manos y piés son de bronce. En el interior de la cabeza, á la que se llega por una estrecha escalera, caben más de seis personas, y las narices ofrecen un cómodo asiento, que el curioso aprovecha para descansar un momento.

Y quedan otros mil pormenores de estos lagos para nuestra próxima vista.



TURÍN, 11 de Junio de 1885.

Termino aquí mi visita á la hermosa Italia y no quisiera morir sin repetirla.

Llegué el 8 por la noche á esta antigua capital de Cerdeña y ya recorrí lo más notable de la ciudad. No es esto decir que *Turin* carezca de importancia: muy lejos de eso. Es una gran población con limpias calles tiradas á cordel, grandes y bellas plazas; pero no hay muchos monumentos del mérito especial que en otras ciudades italianas.

La estación del ferro-carril, llamada *Puerta nueva*, á secas, ni "alta" ni "baja" como en la ciudad de Fruela, tiene ricos jardines con airosos surtidores. En la avenida de Victor Manuel hay una bella *sinagoga* ó templo judío. El palacio *Real* es imponente; notable *el de Madama*, ó antiguo castillo, erigido en el siglo XIII por Guillermo de Montecerrato y embellecido por la madre de Victor Manuel II; en el llamado del *Valentino*, edificio del siglo XVII, está hoy la renombrada Escuela politécnica; y, sobre la gran plaza de Carlos-Alberto, está el gallardo palacio de *Carignano*, erigido por Guarini y convertido en Cámara de Diputados de Cerdeña, desde 1848 á 1865. La *Universidad*, de gran concurrencia, es una construcción verdaderamente magní-

fica ; entre las Iglesias llaman la atención la *Catedral*, la *Trinidad* y *San Felipe Neri*.

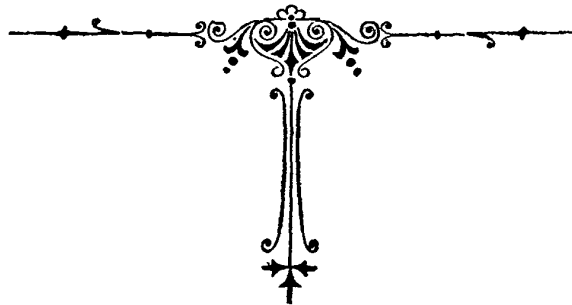
Turín ha levantado grandes monumentos á los reyes y príncipes Saboyanos y á los ilustres hombres del periodo constitucional. Son de gran mérito el de *Amadeo VI*, llamado *Conde Verde*, vencedor de los Turcos y restaurador del trono imperial griego; el del Duque de Saboya, *Manuel Filiberto* ó *Cabeza de hierro*, que ganó la batalla de San Quintín, mandando las tropas españolas, y está en actitud de sacar la espada pronunciando aquellas célebres palabras: *pacen redi turgus*; el del Duque Fernando de Génova, hermano de Victor Manuel, le representa en la batalla de Novara cuando cae herido su caballo; y en el levantado á *Camilo Cavour*, la Italia le ofrece una corona cívica, sobre un pedestal donde, entre otros relieves, figura el Congreso de Paris; porque allí reveló *Cavour* sus grandes condiciones de hombre de Estado. Conmemorando la perforación del monte *Cenis*, se alzó en esta ciudad otro inspirado monumento alegórico: el genio de la ciencia aparece sobre una colosal pila de rocas graníticas, de entre las cuales salen estupefactos y aterrados los gigantes de la montaña, y en la piedra superior, al lado del Genio en actitud de volar, están inscritos los nombres de los ingenieros *Sommetller*, *Grattoni* y *Grandis*.

Hoy, por la tarde, subí en el ferrocarril funicular al Santuario de Saperga, hermosa basílica de airoas cúpulas, fundación de Victor Amadeo I para panteón de los príncipes saboyanos. Está situado al E. de Turín en una colina de 2.555 piés de altura. Entre los mausoleos de la cripta vi la tumba de la malograda é inolvidable Reina de España D.^a María Victoria, digna esposa de D. Amadeo I, la que con sus virtudes realzó el trono que desprestigiara María Luísa. Allí están una expresiva corona y una sentida inscripción que á la regia "Madre de los pobres" dedicaron sobre sus restos las lavanderas de Madrid.

.
.
.

Salgo mañana para España y dentro de cinco días estaré en el *Colegio*. Llevo un mundo de recuerdos que ni borran ni entibian mi entusiasmo por España, mi cariño á Asturias, pudiendo así repetir con nuestro Acebal:

«Anduvi pe la tierra en que cuntaben
Que los *Campos Elisios* Dios punxera,
Y en pruno á lo cimero fúi del monte
Qu' entió con un gómitu á Pompeya.
Ví enllazase los álamos crecíos
Co' la parra que d' un en utru cuelga;
Y palacios, estáutes, vílo too,
Pos sentada na mar miré á Venecia:
Y haciendo al mió modu comparances,
Co' la idea p' Asturias siempre güelta,
Non topaba daqué qu' asemeyara
Lo que ' nella entamó la Omnipotencia.»







A DÚO. (1)

I.

Sobre las verdes y flexibles ramas
de un elevado tilo
con perezosa calma se columpia
un pobre jilguerillo.

Triste contempla el nido solitario
de su amor fiel testigo,

(1) Como se manifiesta en la página 19, JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA fué poeta inspirado y fácil. Tanto por falta material de tiempo para acopiar materiales y para dirigir la impresión de este libro,—abrumado por urgentes ocupaciones de mis cargos,—como por otras consideraciones que se indican en la Introducción, no publico muchas poesías, algunas *íntimas*, que mi amigo no pensó seguramente dar á la estampa, permaneciendo aquéllas reservadas y manuscritas y, cuando más, en poder de las personas á quienes fueron dedicadas ó á quienes se referían. Las de índole festiva ó epigramática, no se imprimen por otros motivos.

No pocas composiciones poéticas de nuestro malogrado compañero se imprimieron en los periódicos asturianos, recordando ahora su oda «*A las Campanas*» en *El Anunciador*; una gracioso *Fantasia*, en el «*Album literario del Circulo Mercantil*» de Oviedo en 1870; sus diferentes poesías *El tiempo por testigo* (soneto), *Ilusiones marchitas*, *La Mensajera*, *A Flora* y *A Laura* en el libro de *Ricardo de las Cabañas* (Madrid.—1872); y los *Consejos á...* en *El Adelantado* de Segovia (1883).

Por último, cuando en 1870, D. Leandro Llada tuvo por breve tiempo una imprenta en Villaviciosa, donde se imprimió el periódico *El Correo*, en éste se publicaron otras poesías de JOAQUÍN: *A Dolores*, *A Tazones*, *Cantares*, *Epigramas*, *A Cloris*, etc.

que á su bella perdida compañera
le recuerda aquel nido.

—

Y para dar á su dolor acerbo
un pasajero alivio,
al recordar el pájaro sus penas
lanza al aire sus trinos.

II.

Pájaro volador, que triste cantas
en torno de tu nido,
buscando en tus armónicas canciones
á tu dolor alivio;

—

Yo, cual tú, al ver el sitio solitario
de mi amor fiel testigo,
recuerdo mi perdida compañera,
recuerdo el bien perdido.

—

¡Ay! como tú. á mis acerbos males
busco en el canto alivio...
y, al recordar mis penas y pesares,
sin ser pájaro *trino!*

1870



JURAMENTOS.



Hoy hace un año; era también de noche:
plácida la luna entonces alumbraba
el azulado lago; en torno nuestro
todo yacía en calma.

—

Bajo el olmo arrogante y corpulento,
que al borde del arroyo se levanta,

los dos nuestros afectos nos decíamos
en amorosa plática.

Allí juramos un amor eterno
entre dulces suspiros y entre lágrimas
sellando el pacto en amoroso beso,
que avaro llevó el aura.

Meses después bajo del olmo mismo
que al borde de las aguas se levanta,
junto á ese mismo arroyo fugitivo,
que murmurando pasa,

Dando al olvido eternos juramentos,
y añadiendo el ultraje á infamia tanta,
también entre suspiros á otro hombre
eterno amor juraba!!

1870

LO IGNORA!

Anhelando solamente
distinguirte de tu clase,
vas por calles y paseos
ostentando ricos trajes.

— E ignoras que esos vestidos,
con que anhelas disfrazarte,
á la vez tu cuerpo cubren
y descubren tu carácter.

1870

LAS GOLONDRINAS.



I

Bajo el extenso alero del tejado,
que presta grata sombra á mi balcón,
afanosa una amante golondrina
sus hijos abrigó.

Crecieron éstos y al olvido dando
mis cuidados y el nido protector
cuando el otoño se acercó volaron
á lejana región.

II

Término dando á la penosa ausencia
volvió á brillar de primavera el sol,
y con ella los pájaros volvieron
al nido del balcón.

Tornaron á su cuna agradecidos
y de armonioso canto al dulce son,
me saludaron con afán cubriendo
los hijos de su amor.



Por eso, bendiciendo su constancia
al partir en otoño á otra región,
agitando el pañuelo en mi ventana
—*Adiós!* les digo con cariño, *Adiós!!*



Á FÉLIX DE ARAMBURU.

EN EL EXTRENO DE SU COMEDIA

"NIÑAS SIN NOVIO."

Si ayer junto á tí apiñada
la escogida multitud
aplaudía alborozada
la plegaria delicada
con fe arrancada de tu laúd.

Hoy más de entusiasmo henchida
viene á oír tu producción,
que al entusiasmo convida;
pues da á cuanto toca vida
dulce y sentida tu inspiración.

Y entre tanto que pregona
glorias, que en aumento van,
te ofrece, y de amor blasona,
de flores una corona,
premio que abona tu noble afán.

Yo tan sólo un pensamiento
te ofrezco de mi vergel
y doy al afán contento . . .
Acepta el ofrecimiento,
mi pensamiento te envió en él.

.....

(TRADUCCIÓN DE BYRON.)

Melancólica luna,
cuya luz pálida,
deja ver las tinieblas
sin disiparlas:
¡Cuán bien reflejas
esos recuerdos tristes
que el amor deja!

Así brilla el pasado,
luz de otros tiempos,
cuyos débiles rayos
no tienen fuego:
¡Sol que ilumina
al alma con luz clara,
pero... tan fría!

1874

.....

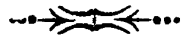
Pérfida como la ola
(Shakspeare)

Cuanto hay de más seductor,
tanto empleaste tú también
para dar cuerpo á mi amor,
y hacerme apurar mejor
de tu rigor el desdén.

Con el dulce murmurar,
que en son cadencioso ensaya,
así hace traidor el mar...
atrae para arrojar
sus víctimas á la playa.

1882

ÍNDICE.



Páginas.

JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA. 5

ARTÍCULOS.

De Borines al Pico de Pienzo. 23
La Cueva de Val-de-Dios. 36
Una solemnidad religiosa. 42
Desde Villaviciosa. 45
El Sueño de Calderón. 49

DISCURSOS.

La Segunda Enseñanza. 57
La Virtud y la Ciencia. 67
El deber y el trabajo. 73
La vida. 78
La Libertad en la Historia. 68
El Ferro-carril asturiano 121

VIAJES.

Un cuarto á espadas (introducción). 128
Desde Francia.—Cartas de Cannes. 134
—De Niza. 140
—De Niza (continuación). 149
Desde Cannes á Italia.—Carta de Mónaco. 153
Desde Italia.—Carta de Génova. 183
—De Pisa. 195
—De Nápoles. 200
APÉNDICE.—Cartas de Roma, Florencia, Bolonia,
Rávena, Venecia, Verona, Milán, Pavía, Lagos
de Como, Lúgano y Mayor, y Turín. 239

RECUERDOS.

A dúo. 257
Juramentos. 258
Lo ignora!. 239
Las Golondrinas. 260
A Félix de Aramburu. 261
. 262
. 262

S. T. L.

Acab se de imprimir este libro
en la ciudad de Oviedo
en casa de Vicente Brid
á XXV días del mes de Agosto
del año de
MDCCLXXV.

